



# Diego y Mara



LOLA CABRILLANA Y MÓNICA RODRÍGUEZ SUÁREZ





POR SOLIDARIDAD  
OTROS FINES DE INTERÉS SOCIAL



Primera edición: octubre de 2025

Dirección editorial: Mayte Ortiz

Coordinación editorial: Andrea Díaz de Cerio

Corrección: Jaime Garcimartín

Diseño: Dirección de Arte SM

Maquetación: Laura Escobedo

Fotografía: The Art Institute of Chicago; Museo del

Prado / Album; Manuel Martínez; iStock; Album /

Collection Kharbine-Tapabor; Ceija Stojka / Wien

Museum; Ceija Stojka / Fundación Antoine de Galbert;

Album; Album / EFE / jt

© del texto: Lola Cabrillana y Mónica Rodríguez, 2025

© Ediciones SM, 2025

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

# Diego y Mara

**LOLA CABRILLANA Y MÓNICA RODRÍGUEZ SUÁREZ**



POR SOLIDARIDAD  
OTROS FINES DE INTERÉS SOCIAL





# 1

## EL RETRATO



Diego garabateaba en una hoja sobre el libro de Historia. La voz de la profesora flotaba en el aire mientras de su bolígrafo nacían unos ojos de tinta azul idénticos a los de Mara. Diego levantó la vista y esos ojos se hicieron reales. Mara, sentada en una fila más adelante, a su derecha, estaba vuelta hacia él y lo miraba. El chico pasó la página del libro ocultando el retrato. Solo le faltaba que lo viera y pensara que él tenía interés por ella. Quiso dejar de mirarla, pero le costó salir de aquellos ojos. Dibujó rápidamente, en un par de trazos, una caricatura de la profesora sobre un pasaje del Siglo de Oro. Mara desvió la vista hacia el retrato y se tapó la boca, reprimiendo una carcajada. El parecido era extraordinario. Sin poder evitarlo, Diego también se rio.

Su risa sonó demasiado alta.

—Diego Cortés, si nos cuentas eso que te hace tanta gracia, igual nos podemos reír todos.

Los tacones de la profesora se acercaron a su pupitre. Diego pasó la hoja del libro de Historia y puso la mano encima, una mano adolescente y morena. Espido Márquez, la profesora, movió el libro y vio aquellos trazos y los ojos de tinta del retrato de Mara hecho con bolígrafo. Se volvió hacia la chica y sacudió la cabeza sorprendida con el parecido.

—Veo que dibujas muy bien, Diego Cortés, y que te gusta estropear los libros de texto. No deberías hacerlo. En ese está nuestra historia,

con mayúsculas. Si no conocemos lo que nos ha pasado, estamos condenados a repetirlo. La Historia es el espejo que refleja cómo llegamos a ser quienes somos. Es nuestra identidad y nuestra cultura.

Diego se echó hacia atrás y sonrió sarcástico.

—Será la tuya, profe. Porque yo en este libro no he visto que se hable de un solo gitano. Yo nunca me he mirado en el espejo ese.

Todos se habían vuelto hacia él. Se hizo un silencio, roto por alguna risa, algún «Y eso a quién le importa», o «Mejor, con lo feo que eres». Espido abrió la boca como si fuera a decir algo, pero el sonido del timbre convirtió la clase en un barullo de voces y sillas moviéndose.

—Acordaos de la excursión de mañana al museo —acertó a decir elevando la voz.

En el aula ya solo quedaban el chico gitano, sentado aún con el cuerpo echado hacia atrás y el libro de Historia abierto sobre el pupitre, y ella. Despacio, con cierta chulería, el muchacho cerró el libro, se levantó y salió del aula. La profesora vio su espalda atlética y sus rizos negros contra la nuca morena y frunció el ceño, desconcertada.

Fuera, en el pasillo, Mara esperaba a Diego.

—¿Me lo das? —preguntó, señalando el libro—. El retrato, ¿me lo das?

Diego sacó la hoja del libro, la rompió en pedazos y la tiró a la papelera.

—¡Eh! —protestó Mara—. No tienes derecho, era mío.

Él se cruzó de brazos sin dejar de mirarla. Trató de mostrarse desagradable. La mirada de Mara le ponía nervioso y no podía soportar su carácter autosuficiente.

—No era tuyo, era mío. Me gusta pintar rostros con carácter: una nariz grande, un pelo rojo...

Mara frunció el ceño, molesta.

—¿Una nariz grande?

El enfado de Mara lo había ablandado y sonrió. Sus dientes blancos resplandecieron.

—Seguro que no eres capaz de retratarme —dijo ella.

—Podría, pero no sé si la modelo lo merece. Lleva mucho tiempo hacer un buen retrato.

—Lo merece, obvio. Y me lo harás —dijo Mara mientras se alejaba, cambiando repentinamente de humor.

—¡Claro que no! —dijo Diego irritado por aquella sonrisa arrogante y coqueta.

A mitad del pasillo, la chica se dio la vuelta y cantó burlona:

*Dios mío, dame paciencia  
para bregar con este gitano,  
a mí me falta la resistencia.*

—Para ser paya, no está mal —se rio Diego sin poder evitarlo.

Mara siguió cantando. Su voz desafinó entre risas mientras se dirigía hacia el patio de espaldas.

*Qué cosas dice este loco  
que nunca dice verdad,  
pero mentiras tampoco.*

Diego se apoyó en la pared del pasillo para verla caminar, su silueta contra el sol, la sombra en el cemento del patio, el pelo encendido como un fuego inesperado.

Se imaginó haciendo ese retrato y se enfadó consigo mismo. Aquella Mara no merecía su tiempo. Sin embargo, al llegar a su casa, sacó los cuadernos de pintura y esbozó un retrato de ella. Lo rompió y comenzó otro. Su familia no dejaba de reclamarlo. Al quinto intento se quedó satisfecho. Lo dejó sobre la mesa y se fue con sus padres y sus hermanos al salón.

Aquella noche tardó en dormirse leyendo los últimos libros de pintura que había sacado de la biblioteca. Le fascinaban el cómic y los grafiteros: Banksy, Basquiat, y, por supuesto, lady Pink, pero quería conocer la pintura desde los inicios, tener una buena base, por lo que estaba estudiando la historia del arte universal. Porque sí, porque



le gustaba. No como las asignaturas del instituto, que no le interesaban nada.

La voz de su madre lo sobresaltó. La luz de la mañana le cayó en los ojos y parpadeó. Aún tenía el libro de arte sobre su pecho. Recordó la visita al museo y sintió cierta emoción. Pensó en Mara. No supo por qué pensó en ella y se imaginó contándole todo lo que sabía de pintura mientras paseaban juntos por la sala.

Después, meneó la cabeza para espantar esos pensamientos. ¡Menedura pesadilla! ¡Pasar con Mara toda la mañana!, se dijo. Desayunó muy rápido y, antes de salir de casa, ante el barullo de los padres y los hermanos, que hablaban todos a la vez, vio el retrato sobre la mesa. Sin saber por qué, lo dobló y se lo guardó en el bolsillo del pantalón. Se despidió de su familia y se dirigió hacia el instituto. No podía imaginar lo que estaba a punto de suceder.

## 2 LA EXCURSIÓN



Cuando el autobús abrió las puertas, subieron a empujones para escoger los asientos del fondo, excepto los empollones de siempre, que se sentaron delante. Mara no se encontraba entre ellos. No había venido. Diego miraba hacia un lado y otro de la calle esperando verla aparecer de un momento a otro. Ocupó los dos asientos frente a la puerta trasera del autobús estirando las piernas. Era alto y llenaba todo el espacio con su cuerpo. El motor se puso en marcha, los asientos temblaban. Juan, un chico larguirucho y con gafas, quiso ocupar el sitio donde estaban sus piernas. Diego lo echó de malas formas. Susana, con la cabeza por encima del asiento delantero, sonrió.

—¿Puedo yo?

Los gritos llenaron el autobús pidiendo que arrancara de una vez. Espido Márquez, que hablaba con el conductor, mandó guardar silencio a voces. Las puertas se cerraron y entonces apareció corriendo, tras el cristal, aquella explosión pelirroja.

—¡Eh, eh! —gritó alguien—. ¡Abrid, que viene Mara!

La chica saltó al autobús jadeando, con las mejillas encendidas. Se quedó inmóvil frente a Diego, la respiración ruidosa, el jersey de lana verde subiendo y bajando en el pecho. Aquel color y el sofoco del rostro la hacían parecer un cuadro de Coubert. Mara miró para todos lados en busca de un asiento libre, pero solo quedaba el que ocupaba Diego con sus piernas.

—Anda, muévete —le dijo imperiosa, empujándolo.

Diego ofreció resistencia, pero al fin apartó las piernas del asiento.

—¡Casi no llego! —exclamó Mara, dejándose caer a su lado.

El calor repentino de su cuerpo y su olor lo invadieron.

—No te habríamos echado en falta —gruñó Diego.

Los baches les hacían entrechocar los hombros. El contacto reclamaba constantemente su atención. Perdía el hilo de lo que pasaba alrededor.

—Espero que lo hayas hecho —dijo ella de pronto, volviéndose y sonriendo.

Sus rostros quedaron muy cerca.

—¿El qué? —pregunto desconcertado Diego.

—¡Mi retrato! Quiero verme esta nariz imperfecta y grande.

Diego notó la hoja en el bolsillo de su pantalón y se sonrojó. De inmediato, se arrepintió de haberla traído.

—No lo he hecho —mintió—. Tenía muchas otras cosas mejores que hacer.

Y eso era verdad. No podía entender cómo había desperdiciado la tarde con el retrato de Mara.

—¿Quieres que te lo cante otra vez? «Qué cosas dice este loco..., que nunca dice verdad...» ¡Anda, canta conmigo!

Diego meneó la cabeza y miró por la ventanilla. Las calles se perdían entre el tráfico, la luz de la mañana encendía los edificios. Sin mirarla, en voz baja, cantó unas bulerías.

*Vete de aquí, desaboría,  
que cuando abres la boca  
es para decir tonterías.*

A pesar de la letra, a Mara le gustó. Diego tarareaba el estribillo con voz ronca y afinada. Ella inclinó la cabeza y cerró los párpados. De reojo, el chico vio la curva inclinada del cuello como una línea de Modigliani, el pelo naranja derrumbándose por el rostro a cada ba-

che. Un frenazo les hizo echarse hacia delante y el autocar se detuvo. Habían llegado.

Bajaron y se mezclaron con el grupo. Hicieron una fila para pasar por el arco detector de metales. Algunos chicos tenían que volver a cruzarlo, dejando los objetos metálicos que llevaban en una bandeja. Dos guardias de seguridad miraban a aquellos muchachos con impaciencia. Uno de ellos, alto y robusto, les daba órdenes con brusquedad, casi con mala educación. De cuando en cuando, hacía chistes vulgares sobre los chicos que el otro guardia, el más joven, reía por obligación. Diego vio a Mara cruzar el arco. Cuando le tocó el turno, oyó al guarda de seguridad fornido decir entre dientes:

—Mira, este es gitano. Seguro que algo lleva.

Y soltó una risa aguda, de perro viejo. Diego se volvió hacia él, fulminándolo con la mirada. Su rostro se encendió. Por su aspecto racial no podía negar su origen. Estaba orgulloso de él e incluso lo cultivaba. Pero no era la primera vez que le arrojaban un estereotipo a la cara. Le había ocurrido el día que fue a apuntarse en la academia de dibujo. «¿Estás seguro de que quieres inscribirte en pintura y no en cante o baile?», le habían preguntado, como si un gitano no pudiera pintar. Mara vio el cambio de expresión de Diego. Atravesó una fila de chicos para llegar hasta él y lo agarró del brazo.

—Ni caso —dijo.

—¿Pero por qué tengo que aguantar que diga esas estupideces? —protestó Diego.

—Son unos amargados, no te rayes. A ver si acaban registrándote y te lo encuentran.

—¿Si me encuentran el qué?

Diego estaba muy tenso. Por momentos, su enfado crecía. Mara se rio burlona.

—Mi retrato, qué va a ser. Seguro que me lo has hecho y no me lo quieres decir.

—¡Flipo! Claro que no lo he hecho. ¿Te crees la única persona del universo o qué?

Toda la furia de Diego se concentró en aquella estúpida de Mara, que ahora lo miraba ofendida.

—No es para ponerse así, yo solo quería...

Pero no pudo continuar. Una mujer comenzó a gritar.

—Estoy segura, lo tenía aquí. ¡Me lo han robado ahora mismo! ¡Ha sido aquí!

Se había formado un corro alrededor de ella. Los guardas de seguridad la interrogaban. Espido Márquez daba órdenes a los chicos para agruparlos en el vestíbulo, alejándolos del incidente, pero todo se había vuelto un pequeño caos.

Entonces, en medio de la confusión, el guarda jurado alto levantó la cabeza y barrió la entrada, deteniéndose en todas y cada una de las personas con suspicacia. Cuando sus ojos tropezaron con los de Diego, sacudió la cabeza, se estiró todo lo que pudo y, en dos grandes zancadas, se plantó frente a él.

—¡Tú, ven conmigo! —le ordenó.

Y antes de que pudiera reaccionar, Diego sintió los brazos del hombre como una tenaza empujándolo hacia una sala del museo. El mundo a su alrededor desapareció allí dentro.

### 3 EL REGISTRO



No era la primera vez que Diego pasaba por aquello. Los encargados de seguridad de los centros comerciales no le quitaban el ojo de encima desde el momento que veían su figura en la entrada. Lo seguían continuamente, atentos a sus movimientos, sin disimular. Y si miraba alguna prenda cara con interés, no era extraño que lo llevaran al interior de las oficinas, aunque no hubiera un motivo para ello.

Diego no se acostumbraba al malestar que le producían esos momentos en que tenía que demostrar que no había robado nada, cuando palpaban su cuerpo de arriba abajo buscando algo que no iban a encontrar. En cada gesto de prepotencia del vigilante, su rabia crecía por dentro, se enredaba en sí misma, enmarañándolo hasta ahogarlo en una angustia espesa que no era capaz de controlar.

Que le hubiese pasado delante de Mara lo empeoraba todo. Había sentido una vergüenza desconocida que adormecía esa rabia que normalmente sentía, pero que se huracanaba en su interior con una pena inmensa. La impotencia por no poderle demostrar a su compañera que no había hecho nada le hacía hervir la sangre.

La sala estaba en penumbra. Diego apenas podía distinguir unos cuantos cuadros colgados en las paredes y una mesa vieja de madera labrada que parecía formar parte del decorado. Miró los cuadros, pero no podía ver los detalles. Sabía que eran cuadros importantes de pintores que había visto en los libros de arte entre los que pasaba tanto



tiempo. Un aire fresco le golpeó la cara. Intentó adivinar de dónde provenía, pero no encontró ni ventanas ni puertas.

—Ponte aquí —le ordenó el vigilante de seguridad, que apareció de repente.

Diego no bajó la mirada. Lo miró a los ojos, aunque sabía que eso solía empeorar la situación.

—Yo no he hecho nada —afirmó con seguridad.

—Eso ya lo veremos. Abre las piernas —exigió el hombre con malos modos.

Diego se mordió el labio inferior y, aunque tardó unos segundos, cumplió la orden. Habían terminado de registrarlo cuando alguien entró en la habitación hablando a gritos.

—¡Bernardo, se está liando! Será mejor que el broche de la señora aparezca o nos comeremos un marrón de los gordos. ¿Qué tal con este?

Diego estuvo a punto de decirle que no se llamaba «este», pero sabía que la situación se tensaría aún más.

—Muchacho —habló el más joven de los dos—, danos lo que le has quitado a la señora y no te pasará nada.

—Es que no puedo devolverlo. Yo no le he quitado nada a la señora. Tu compañero ya me ha registrado. Y no ha encontrado nada.

—Vamos, muchacho, era un broche con forma de flor de lis y sabes que es muy caro. Si no lo tienes tú, nos cuentas a quién se lo has dado y terminamos con esto.

—Que yo no he cogido nada. No sé cómo queréis que os lo diga.

Los dos vigilantes se miraron.

—Se lo ha dado a algún compañero, tenemos que detenerlos antes de que lo saquen fuera del museo. Déjalo aquí, vamos a retener al grupo —afirmó el más corpulento.

Cuando se disponían a salir de la habitación, se toparon de frente con Mara, que estaba buscando a Diego.

—¡No pueden retenerlo aquí, es ilegal! Es menor de edad —gritó Mara.

—Vaya, vaya, ¿has escuchado eso, Fredi? Aquí tenemos a la justicia de turno.

—Tu amiguito no va a estar solo. Te vas a quedar con él. Puede que tú también estés metida en el ajo. Así que aquí te quedas, quietecita hasta que volvamos.

Los dos vigilantes salieron con prisa, dejando a los dos muchachos en la sala.

—No hacía falta que me vinieras a buscar —dijo Diego molesto—. Soy capaz de defenderme solo.

—Me encanta lo amable que eres. Encima que he venido para ayudarte y así me lo agradeces. Nadie te ha visto y nadie te está buscando. La maestra no se ha dado ni cuenta de nada. Solo quería que no pasaras mucho rato aquí solo.

—¿No me está buscando? ¿Por qué no se lo has dicho? —preguntó Diego enfadado.

—Por hacerte un favor. Ya te tienen suficientemente en el punto de mira como para ahora empeorarlo con la acusación de ladrón.

Mara se arrepintió inmediatamente de sus palabras. Pudo ver en los ojos de Diego el dolor que le habían producido. Intentó acercarse a él con actitud conciliadora, pero Diego le dio la espalda.

—No me importa lo que puedan pensar de mí. Yo sé que no cogí nada.

Diego se detuvo frente a un grabado. Observó con atención la imagen. En ella se veía a un grupo de personas caminando. Lo reconoció. Lo había visto en una exposición. Pudo leer el nombre del autor: Jacques Callot.

—He visto esta obra antes —le dijo a Mara—, pero no recuerdo esta sombra tan tenebrosa. Esta sala debe ser la de cuadros interactivos porque parece que la sombra se mueve.

Mara se acercó a mirar el cuadro. La poca luz que había en la habitación le dificultó fijarse en los detalles. Se detuvo en las figuras a caballo, los extraños ropajes y la forma en la que las mujeres portaban a los niños.



**JACQUES CALLOT, *Los gitanos en marcha: la retaguardia***  
(1621-1625). Biblioteca Nacional de Francia, París

—Qué extraño. Hubiese jurado que hace un momento la sombra no tenía nada en la mano. Este cuadro se llama *Los gitanos en marcha* y representa la llegada de los gitanos a España. Y ahora parece que tiene algo...

Diego caminó hacia el extremo del cuadro y lo miró al trasluz.

—Diego —dijo Mara asustada—. Lo que tiene en la mano es un broche. Un broche con forma de flor de lis.

—¿No parece que se ha movido? —preguntó Diego asombrado—. Es un broche muy brillante. Este cuadro es muy extraño...

—Tenemos que salir de aquí. Esto no me está gustando nada —afirmó Mara.

—Mara, solo es un cuadro. Pero es curioso porque antes los vigilantes han dicho que el broche de la señora tenía forma de flor de lis.

—Diego, la sombra ha cambiado de posición, esto da mucho miedo. Se está marchando. ¿La ves ahí, en el fondo?

Diego tocó la sombra con una mano y sintió algo extraño.

—Este cuadro está lleno de gitanos...—. Y pegó un grito cuando se dio cuenta de que una de sus manos estaba dentro del cuadro. Le pareció muy divertido y soltó una carcajada.

Mara se agarró a su cintura, asustada.

—Saca la mano, Diego. Si es una broma, no tiene gracia.

—No sé cómo hacerlo—susurró Diego—. Siento un frío helado en la mano. Debe ser uno de esos cuadros virtuales interactivos. Voy a intentar entrar.

Metió la otra mano y, con un movimiento rápido, la cabeza. Estaba a punto de introducirse entero cuando Mara lo agarró por un pie.

—Mara, suéltame —le ordenó—. Es solo un juego, no me va a pasar nada.

La muchacha no se lo pensó dos veces y dejó de hacer fuerza para intentar traerlo de vuelta. Se dejó llevar. Sintió una punzada en el estómago, como cuando le daban un examen y no se sabía ninguna de las preguntas. Una presión en todo su cuerpo le indicó que algo estaba pasando. Dieron vueltas y sus cuerpos se golpearon con fuerza. Diego la agarró por la cintura hasta que se detuvieron.

Aparecieron en un prado, uno al lado del otro, completamente pegados. Por unos instantes se miraron a los ojos. El ruido de un carro-mato rompió la magia del momento.

Estaban en un sitio ruidoso. Había personas caminando en la misma dirección. Los ropajes eran extraños, de otra época. La imagen del cuadro se había hecho real.

—Debiste soltarme el pie.

—No podía dejarte solo y perderme esto. ¿Dónde estamos? ¿Es otra sala del museo? Cada vez hacen más reales los museos interactivos. Es una pasada. Los actores son superreales. Mira qué vestuarios. Y están todos tan metidos en su papel... Son exactamente iguales que en el cuadro.

Caminaron observando el escenario. Mara quiso acercarse a uno de los caballos, pero iban tan rápido que no lo consiguió.

—¡Mira! —gritó Mara—. Ahí está la sombra. Está enseñando el broche a una de las campesinas que estaba mirando cómo cruzaban los gitanos.

Se acercaron corriendo, pero la figura negra salió huyendo.

—No se lo compren —les dijo la campesina que había hablado con la sombra—. Se ve a la legua que es una baratija. Aunque él dice que

viene de otra era y que es de un valor incalculable. Estos gitanos siempre hacen lo mismo. Quieren timar a todo el mundo. Por eso no los queremos cerca. Estamos hartos de que nos roben el ganado y que acaben con todas nuestras cosechas. Arrasan con todo, por eso no los queremos en nuestras tierras.

La mujer miró a Diego con atención.

—Tú también llevas un ropaje extraño, y, por tu piel morena, yo diría que eres uno de ellos. Será mejor que te marches, muchacho. Pronto llegarán los grecianos y ya sabes que con el mínimo roce la pelea está servida.

—¿Quiénes son los grecianos? —preguntó Diego.

—Son gitanos, igual que vosotros, pero ellos no llegaron de Egipto, vienen sino de Grecia, y tienen malas pulgas. También han llegado de peregrinaje y también están llenando caminos de robos y asaltos.

—Lo mismo es que no tienen para comer y tienen que robar —añadió Mara.

—Que se avecinen y trabajen con los señores, como hacemos todos. Van a cerrar las puertas de la ciudad; si queréis entrar, tenéis que daros prisa.

Mara y Diego se miraron. La señora cogió su cesto y siguió caminando.

—Diego, no me gustan los juegos donde no me sé las instrucciones. Quiero salir de aquí.

En ese momento, los dos se miraron. Todo era demasiado real, extraño. Quizás no estaban dentro de ningún juego.

## 4

# EL SALVOCONDUCTO



Se acercaron a ellos un grupo de mujeres y hombres ataviados con los mismos trajes. En la cabecera había un hombre que parecía ser el jefe. Diego se dirigió a él.

—Perdone, caballero, ¿me puede decir en qué año estamos?

El hombre se bajó del caballo, les hizo una extraña reverencia y sonrió.

—Estamos en 1476. Soy el capitán Juan de Costa, para servirlos. Vamos a acampar a las afueras de la villa; si queréis, podéis acompañarnos. Imagino que os habéis separado de vuestra familia por alguna razón. Si no tenéis un salvoconducto, es peligroso que vayáis solos por estos lares. Lo necesitaréis siempre para ir o para regresar.

—¿Peligroso? —preguntó Mara.

—El corregidor no es muy amigo de los gitanos. Y solo necesita una excusa para encerrarnos. Un momento, ¿Huis de algo? Sois jóvenes y estoy seguro de que habéis huido movidos por el amor. Regresad con vuestro capitán. ¿O acaso sois egipcianos? En ese caso, buscad al duque que os represente. No es tiempo para ir solos vagando por el mundo.

—¿A qué se refiere? —preguntó Mara asustada.

—Siempre somos los culpables de todo lo que desaparece. No es difícil acabar cargando con una culpa que no es nuestra. Y hasta que lleguen tiempos mejores, hay que ir con cuidado.



—Van a tardar mucho en llegar tiempos mejores —susurró Diego entre dientes.

—Tengo que marcharme, tenemos que asentarnos antes de que caiga la noche. Un placer haberos conocido.

Diego y Mara se quedaron unos segundos mirando aquel grupo tan extraño.

—Para ser capitán, poco barco llevan —murmuró Mara.

—En el siglo xv, los capitanes eran los hombres de respeto de ahora. Vamos, los jefes de los gitanos de la época. Mi padre me lo contó hace mucho tiempo. No sé cómo vamos a salir de aquí, pero creo que no estamos en un juego.

—Diego, si no estamos en un juego interactivo, ¿dónde estamos?

—No lo sé Mara, pero creo que hemos entrado dentro del cuadro. Algo pasó y entré. Ya sé que es una locura y que no tiene explicación, pero...

Un ruido los sobresaltó.

—¡Son ellos, son los gitanos que me han robado la gallina! —se oyó gritar.

Tras el polvorín del camino, pudieron ver a un grupo de hombres que corrían hacia ellos armados con palos de madera. Diego reaccionó rápido y tiró de Mara.

—Mara, corre y no mires atrás. Tienes que correr lo más rápido que puedas.

Los dos eran ágiles y enseguida le sacaron ventaja al grupo que los perseguía.

Se escondieron detrás de un seto y esperaron en silencio, sentados en el suelo, a que el grupo pasara.

—Diego, tengo mucho miedo, quiero regresar a casa.

El chico cogió las manos de su amiga entre las suyas. Temblaban. Las cubrió con cariño. Se acercó a su oído para que nadie lo escuchara.

—Vamos a salir de esta. No sé muy bien cómo, pero vamos a salir de esta. No tengo ni idea de cómo vamos a volver. Pero lo haremos.

—Regresemos al mismo lugar por donde caímos, a ver si encontramos alguna puerta que nos permita volver.

—Mara, has visto muchas series. Me temo que no va a ser así. Tenemos que pedir ayuda.

—¿Pero a quién? Si aquí parece que todos se han tragado un diccionario de lengua antigua.

Diego no pudo aguantar la risa. Mara se contagió enseguida.

Ella pensó que era el chico más guapo que había visto nunca. Que tenía la sonrisa más bonita y que tampoco era tan malo estar perdida con él.

Diego estaba absorto, mirándola, cuando sintió que algo se arrastraba por encima de su pie.

Pegó un grito al comprender que era una serpiente. El ruido alertó a uno de los hombres que los estaban buscando.

—¡Están aquí! —gritó.

Diego cogió de la mano a Mara y tiró de ella con fuerza. Corrieron en dirección contraria a sus perseguidores. Tardaron un buen rato en perderlos de vista.

—Eres muy bueno despistando al personal —comentó Mara aun con la respiración entrecortada—. Tengo mucha sed. Necesito beber agua.

—Es por entrenamiento. Llevo media vida huyendo. Necesitamos encontrar la forma de volver.

—Volvamos al lugar donde caímos. Seguro que encontramos alguna forma. Tiene que haberla. No quiero quedarme aquí para siempre —sollozó Mara.

Les costó un rato encontrar el lugar exacto. Afortunadamente, el peso de sus cuerpos había dejado el pasto señalado.

—Ven. Tumbate aquí —pidió Diego.

—Ni loca. Seguro que hay más serpientes.

—Tú misma, solo estoy intentando que regresemos.

—Está bien, vamos a intentarlo.

Mara se colocó tumbada en el suelo frente a Diego. Los dos se miraron a los ojos esperando que pasara algo que los devolviera a la sala de donde partieron. Pero no ocurría absolutamente nada.

—Creo que estamos en un lío. Como nos ha dicho el capitán, tenemos que encontrar el salvoconducto que nos lleve de nuevo al cuadro. Pero no tenemos ni idea de cuál es —se apenó Diego.

—¿Qué hiciste antes de meter la mano en el cuadro? ¿Tocaste algo? —preguntó Mara.

—No, solo dije que el grabado se llamaba *Los gitanos en marcha* y...

En ese momento notaron una sacudida, como si un terremoto hiciera temblar el suelo. Sintieron que la tierra se abría entre sus pies. Un grito se quedó congelado en su garganta.

—Vamos, jovencitos, dejad el amor para otro momento —les gritó uno de los vigilantes de seguridad. No vais a salir de aquí hasta que el broche aparezca.

Mara y Diego se miraron. Estaban sentados en el suelo frío de la sala del museo. Lo habían conseguido. El salvoconducto resultó ser el título del grabado. Pero únicamente habían ganado una batalla.

Los dos se miraron sabiendo que aquello solo acababa de empezar.

## 5 UN PLAN



Diego se levantó de un salto.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó Mara con estupor—. Si es una exposición inmersiva, es brutal... Pero parece algo más.

—Lo es, Mara. El broche robado estaba ahí dentro.

—Literal.

Los dos observaron la sala, ahora con detalle. Había siete obras de arte: la que habían atravesado y seis más. Todas tenían grandes dimensiones y era difícil distinguirlas en la penumbra.

—Si el broche está ahí dentro, tendremos que volver a por él —dijo Mara.

Se había acercado a aquella primera obra de Jacques Callot, el grabado titulado *Los gitanos en marcha*. Todo estaba quieto, apagado en la oscuridad de la sala. Diego agarró a Mara por los hombros y la hizo volverse hacia él.

—Lo que acabamos de vivir es muy peligroso. No creo que sea buena idea volver a meternos ahí dentro. Además, no sabríamos cómo. Y no quiero que te pase nada.

Ella abrió mucho los ojos y soltó una risa incrédula.

—No necesito que me protejas, eh. ¿Se te ha contagiado algo de la Edad Media esa de la que venimos o qué? Además, ¿qué vamos a hacer sin el broche? Te seguirán culpando.

Se volvió al grabado de Callot y puso la mano sobre la estampa, tratando de meterse dentro. La empujó, puso la otra, palmeó una y otra vez con desesperación, pero no ocurría nada. Diego se cruzó de brazos, burlón.

—A quién van a meter en chirona es a ti por estropear una obra de arte.

Ella se volvió, derrotada. Su pelo en la sombra era un alboroto oscuro.

—Oye, que lo estoy haciendo por ti.

—No tienes que hacer nada. Si no encuentran el broche, no pueden acusarme. Lo que tenemos que hacer es estudiar la sala y los cuadros antes de tomar una decisión. ¿Y si encendemos la luz?

Los dos buscaron en vano el interruptor.

—Imagino que, si esto es algo así como un juego, habrá que seguir un orden. Está claro que no quieren que aquí haya mucha luz. Veamos de cerca el siguiente cuadro.



TENIERS DAVID, *Paisaje con gitanos*  
(1641-1645) Museo del Prado, Madrid

Se trataba de un óleo con un paisaje montañoso y unos gitanos en el centro. El rótulo indicaba que lo había pintado David Teniers. El cuadro se titulaba *Paisaje con gitanos* y había sido pintado entre 1641 y 1645.

—Eso, veamos el cuadro en la penumbra. Es más romántico, ¿no te parece? —dijo Mara burlona—. Así no ves mis imperfecciones. Esta nariz que...

—Vale, vale, tienes una nariz perfecta, deja eso y concéntrate.

—¡Perfecta, eh! —Mara sonrió orgullosa.

Fue a apoyarse en la pared con un gesto altivo, pero se desequilibró y tuvo que hacerlo en el cuadro del paisaje. Sintió cómo su mano se hundía en él, al igual que le había ocurrido a Diego con el grabado de Callot.

—¡Diegooooo, socorro!

El chico, que había empezado a reírse de ella, vio cómo su compañera era absorbida por aquel óleo. Antes de que desapareciera del todo, pudo aferrarse a su mano. Sintió un vendaval recorriendo su estómago. De nuevo, un vértigo le azotó los ojos. Cuando pudo fijar la vista, comprendió que había vuelto a pasar. Estaban dentro del cuadro, el sol del atardecer les sopló los ojos y un olor a campo y cueva les alcanzó de lleno.



## 6 PAISAJE CON GITANOS



No solo les embistió el olor, también el viento y un rumor a río y a voces apagadas. Al pie de unas rocas había un grupo de tres mujeres y un niño. Otra mujer, mayor y encorvada, envuelta en un manto, sostenía la mano de un campesino como si le estuviera leyendo la buenaventura. A su espalda, cerca de unas casas de tejados puntiagudos, había otra pareja de campesinos.

—Ese grupo de ahí y esa anciana que lee la mano también parecen gitanos como los del otro cuadro, aunque visten con menos collares y menos colores —susurró Mara.

Diego le hizo un gesto para que se callara.

—Es mejor que no nos vean —susurró—. ¡Ven!

La agarró de la mano y la llevó a una cueva que se abría en las rocas, cerca de una pequeña cascada. Olía a humedad y a piedra, y también a leña quemada. Cuando se acostumbraron a la oscuridad, vieron unas mantas, los restos de una hoguera, botellas revestidas de mimbre, vasijas, todo revuelto por el suelo. Mara hizo un gesto interrogante.

—No quiero que nos vuelvan a perseguir. Llamamos demasiado la atención así vestidos —le aclaró Diego—. Pensemos qué hacer aquí escondidos. ¿En qué año estaremos?

—Si el cuadro fue pintado entre 1641 y 1645, estaremos por esas fechas —dijo Mara mientras husmeaba entre las mantas.

Entre ellas había también ropa. Cogió un pañuelo y se lo ató a la cabeza al modo en que había visto llevarlo a las mujeres de allá afuera. Se puso una falda y se envolvió en una manta.

—¿Qué te parece? —dijo, girándose—. ¿Parezco de esta época? ¿Estoy guapa? Anda, envuélvete tú también en una de esas mantas. Pasaremos desapercibidos y podremos buscar al hombre misterioso que se llevó el broche.

Hablaba sin dejar de revolver entre las cosas.

—Toma esto.

Le lanzó una manta, que Diego se puso sobre los hombros. Cogió un sombrero del montón y se lo calzó en la cabeza. Mara abrió mucho los ojos, admirada.

—Pareces un... —dijo—, no sé... pero estás muy..., o sea, que estás... guapo. Hala, ya lo he dicho. ¿Qué es esto? —Sus manos habían tropezado con algo duro debajo del barullo de ropa. Lo sacó—. ¡Mira lo que he encontrado!

Era una escopeta de cañón corto y boca ancha. Apuntó con ella a Diego poniendo cara perversa. Diego se sobresaltó.

—Deja eso. Estás loca...

El tronar de unos cascos contra la tierra les hizo volverse hacia la entrada de la cueva. El sol de la tarde les cegó los ojos. De pronto, todo fue ruido y voces allá afuera. Con sigilo, se acercaron hacia la abertura entre las rocas.

Los gitanos habían huido, dejando en el suelo una cesta y una vasija. Los campesinos se habían arremolinado cerca de la hilera de casas y murmuraban. Una cuadrilla de hombres a caballo, vestidos con unos chalecos de cuero que dejaban al descubierto las mangas verdes de sus camisolas, hablaban a voces. Hacían relinchar sus caballos y los frenaban tirando de las bridas, obligándolos a levantar las patas delanteras. Entre sus cascos saltaban trozos de tierra y polvo. Aquellos hombres iban armados con espadas.

De pronto, un muchacho que no tendría más de doce años apareció frente a ellos.

—Son la Santa Hermandad. ¡Pronto, huid! De lo contrario, os llevarán como a perros flacos. ¡Os meterán en la trujana!

—¿La trujana? —preguntó Mara.

—La prisión —le aclaró Diego.

—¿Pero por qué? No hemos hecho nada malo —protestó la chica mientras sentía encogerse el estómago.

La mano de Diego tiró de ella. Bordearon las rocas en dirección a un bosque cercano. También el muchacho huyó con ellos. Parecía conocer el terreno y tener respuestas para todo.

—Nos prenderán por ociosos, por vagabundos, por traidores a la Corona, por practicar hechicería, por ladrones... Da igual, se inventarán cualquier cosa para acabar con nosotros, los gitanos. ¡Maldita la suerte! Mi familia no ha atendido a la pragmática que nos obliga a avecindarnos en las ciudades y a trabajar la tierra para que no estemos por los caminos. Y seguimos hablando nuestra lengua, aunque lo tengamos prohibido. Por eso mi padre y mi tío están en la cárcel. Tampoco podemos casarnos entre nosotros.

Mara miró a Diego y sonrió.

—Bueno, al menos eso sí podemos hacerlo nosotros. Tú eres gitano y yo no.

—No es el momento de bromas —dijo Diego, y sintió que le ardían las mejillas.

—También está prohibida la palabra *gitano* —añadió el niño.

—Como si quisieran que no existiéramos —se lamentó Diego entre dientes.

El tambor de los caballos se escuchaba cada vez más cerca.

—¡Por orden de su majestad el rey, deténganse!

Los jinetes los rodeaban. Sintieron el calor de los ollares de los caballos y las espadas desenvainadas que los cercaban. Los tres se apretaron entre sí.

—¡Quedáis todos detenidos por vagabundos y ociosos, y por llevar esas vestimentas prohibidas! ¡Vamos!

Uno de los jinetes de la Santa Hermandad se bajó y ató las manos de los tres con la misma cuerda, de modo que quedaron unidos. Mientras lo hacía, Mara se resistió, escurriéndose como una anguila. De pronto, sacó el trabuco de debajo de su falda y apuntó a los hombres.

—¡Soltadnos!

Sin embargo, aquellos cuatro jinetes, expertos en combates, no tardaron en reducirla. Finalmente, atados entre sí, fueron obligados a caminar entre los caballos.

—Apunta otro delito más: ese joven llevaba un arma de fuego —dijo uno de los guardas.

—Ni Dios os salva, vagabundo —dijo un segundo, sonriendo con crueldad.

—Pero si la llevaba yo —protestó Mara.

—Él es joven y fuerte, más útil para su majestad el rey —se rio un tercero.

—Ocho años de *gurapas* te van a caer —susurró el niño.

—¿Qué son *gurapas*?

—Galeras. Ocho años remando en los barcos del rey. Encadenado y sufriendo latigazos. El primo Juan de Heredia vino de allá y habló de esa condena como del infierno. Yo también me llamo Juan, como él.

Mara y Diego se miraron. Al caminar, chocaban sus hombros y sus piernas. Sentir esa cercanía era una especie de consuelo en medio de la desesperación.

—¡Qué injusto! —dijo Mara—. Solo por ser gitano.

—Apunta nuevo delito —rugió otro guarda—. La moza ha insultado usando la palabra prohibida.

Se había hecho de noche y las sombras caían sobre ellos, vencién-dolos.

—¡Maldito juego! —susurró Mara.

—Ya te he dicho que esto no puede ser un juego. Estamos sintiendo en nuestra piel lo que ha sentido mi pueblo —aseguró Diego.

—¿Y cómo vamos a salir de esta? —preguntó Mara asustada.

—No lo sé.

Desde luego, no había escapatoria posible. Mucho menos cuando alcanzaron a un grupo de hombres ensartados a una gran cadena de hierro y con cuerdas en los pies. Los vigilaban dos hombres a pie y dos a caballo. En las sombras de la noche se los veían derrotados. Uno de ellos llevaba la espalda desnuda marcada con grandes cicatrices, otro era tuerto, otro vestía ropas moriscas y un cuarto era negro. Casi todos iban descalzos y llevaban ropas mugrientas y empapadas.

—Ahí están los forzados a galeras que se llevan al puerto de Cartagena —dijo un soldado.

—Pues dejemos a estos dos muchachos en esas buenas manos. Y nos libramos de ellos. Al fin y al cabo, esa será su sentencia; los barcos de su majestad necesitan remeros. A la chica la llevaremos a la cárcel de mujeres de la Santa Hermandad en espera de hablar con el juez —dijo otro.

—Pero no pueden hacer eso. No ha habido un juicio. ¡Y son inocentes! —gritó Mara.

Parecía que el niño estaba resignado a su suerte. También Diego había bajado la cabeza, humillado. Movía inquieto las manos, restregando una y otra vez la cuerda que le ataba las muñecas. Ahora entendía la historia que arrastraban desde lejos.

A tirones de los caballos, los llevaron hasta el grupo de reos. Los ojos de los condenados a galeras destellaban en la noche, vacíos. No eran miradas humanas. No había esperanza en ellos.

Los hombres de la Santa Hermandad y los guardas de los prisioneros se saludaron y explicaron la situación. Pronto llegaron a un acuerdo. Separaron a Diego y al niño y los ataron con los otros reos. Antes de proseguir el viaje, decidieron hacer un descanso y meterse algo en el cuerpo. Los guardas encendieron una hoguera y lanzaron un mendrugo a los condenados.

Mara estaba algo apartada, sentada en el suelo. Los caballos piafaban suavemente detrás de ella. El cielo negro se volcaba sobre su cabeza. La hoguera viva calentaba la noche. Por detrás de su llama veía los rostros oscuros de los reos y los ojos de Diego, que le lanzaban

miradas torturadas. Ella lo veía luchar con las cuerdas, tratando de desatarse. A su lado, el mocito del camino, cabizbajo, parecía un saco de huesos triste. Mara sintió una pena enorme. Era tan solo un niño. ¿Cómo iban a llevarlo a galeras? Los guardas y los hombres de la Santa Hermandad comían ricas provisiones y se reían al calor del fuego. Entonces ocurrió.

Se escuchó un sonido agudo, insistente. Un extraño sonido repetitivo que hizo volver la cabeza a todos hacia Mara. Ella se revolvió, buscando alcanzar con las manos el lugar del que salía aquel sonido, debajo de la manta, pero era complicado con las muñecas atadas. Al fin lo consiguió.

—Es mi alarma —dijo—. Ya me extrañaba que aquí hubiera cober-tura.

Los guardas se habían puesto en pie. Los hombres de la Santa Hermandad sacaron su espada y los de a pie, su escopeta. Se formó un barullo. Mara encendió la linterna del móvil y apuntó a unos y a otros.

—Por los clavos de Cristo, ¿qué es eso? —se preguntaron los guardas alarmados.

—Es un arma atroz. Si os alcanza, os disolveréis en el aire con terribles dolores —gritó Diego.

Mara apuntaba aquí y allá con el haz, mientras su amigo, que había conseguido quitarse las cuerdas, le arrancaba el arma a un guardia. Los soldados entraron en pánico, huyendo por el campo nocturno. Algunos a caballo, otros a pie, abandonando sus cabalgaduras. Diego desató al mozalbete y a Mara. Los reos, vitoreando, rompían sus cadenas.

—Tenemos que volver al lugar donde empezó todo, entre la cueva y el pueblo; ¿podrás llevarnos? —le dijo Diego al niño.

Juanito asintió. Los presos liberados reían agradecidos. Algunos huían ya por el monte.

—¿Son todos gitanos? —preguntó Mara señalándolos.

—Hay de todo: salteadores de caminos, gente pobre, criminales, moriscos que no se fueron cuando los expulsaron hace unos años,

vagabundos, y también gitanos —dijo el niño—. ¿Es verdad lo de esa arma que llevas?

Mara se rio.

—Claro que no. —Le guiñó un ojo—. ¡Ven!

Fue a hacerse un selfi con el niño, pero Diego se lo impidió.

—No es el momento, Mara. Esos guardas pueden volver.

Traía consigo el único caballo que no había huido.

—¿Sabes montar?

—Por supuesto.

Pero no era verdad. Tampoco Diego había montado nunca a caballo. El niño sí, así que subieron los tres, con Juanito delante. Mara se montó entre este y Diego. Atravesaron la noche subidos en el caballo. Diego sentía la espalda de Mara contra su cuerpo. Podía notar su corazón al galope. El niño gritó feliz, con el viento de la noche azotándole el rostro. También ellos gritaron eufóricos. La libertad y aquella carrera sobre el caballo les llenaba la sangre de adrenalina.

Al fin, llegaron al lugar del cuadro. Juanito estaba muy cansado, pero decidió irse en busca de los suyos. Se despidieron de él con un fuerte abrazo, agradecidos.

—Espera —dijo Mara—. Ahora sí, ¿no?

Fue a hacer un selfi de los tres, pero en el último momento el niño se esfumó, aterrado por esa máquina mortal. Lo vieron perderse en la noche y se rieron.

Diego y Mara se sentaron en el suelo, agotados. El caballo se quedó mordisqueando unas hierbas en la ribera del regato. Las casas apenas se veían en la noche. El viento frío llegaba de las lejanas montañas y les hacía entrecerrar los ojos. Estaban tan cansados que podrían quedarse dormidos allí mismo.

—*Paisaje con gitanos* —dijo Mara—. Ese era el título del cuadro. Repítelo conmigo, Diego, a ver si así regresamos como antes.

Pero, por más que lo repitieron, no ocurría nada. Ya estaban desesperados cuando Diego señaló un lugar en la noche frente a ellos.

—¿No ves eso?

—Sí, ¿qué es?

—Está algo borroso, pero parece una mancha, como si alguien hubiera pintado un trazo sobre el aire, un cuadro con la imagen de una pared. ¿Qué es?

—Parece un trozo de la sala en la que nos encerraron.

—¿Es posible?

—Vamos hacia allá.

Caminaron un trecho y la mancha crecía. Parecía que podían tocarla con la mano. Diego estiró el brazo y sus dedos entraron en ella.

—¡Agárrate a mí! —gritó, porque sabía lo que iba a ocurrir.

Ya empezaba a sentir esa fuerza que tiraba de él hacia delante.



## 7

# EL DESTINO DE LOS DEMÁS MARCA EL NUESTRO



Sintieron el golpe con fuerza. Mara y Diego aparecieron de nuevo en la sala, sentados en el suelo, con la sensación de que habían pasado mil años desde que se marcharon. Se levantaron y se sacudieron el polvo del camino que se había pegado a sus ropas.

—Estoy empezando a cogerle el gusto a esto. Aunque a veces siento que me va a explotar la cabeza —anunció Mara divertida.

—No le veo la gracia. Hemos corrido un gran peligro; podría haber-nos pasado algo grave, así que será mejor que examinemos los cuadros sin tocarlos. Tenemos que encontrar el dichoso broche y recuperarlo.

—Vamos a serenarnos y pensar. Miremos detenidamente, pero sin tocar —recalcó Mara.

Comenzaron a mirar con atención. Mara se detuvo en el siguiente cuadro.

—No sabía que los gitanos lo habíais pasado tan mal en la Historia. En todos los cuadros se ve mucho sufrimiento, mucho dolor. Mira el tercero. Tiene un rollo muy triste.

Mara señaló un cuadro donde se veía a un grupo de hombres aprensados.

—Ni se te ocurra acercarte a ese. Es un grabado sobre la Gran Redada. Fue una de las peores épocas para los gitanos.



Grabado francés de una cadena de presos del siglo XVIII.

Imagen cedida por Manuel Martínez

Mara comenzó a jugar, burlona. Acercaba el dedo con la intención de tocarlo, pero lo retiraba con rapidez.

—No le veo la gracia. No sabes lo que sufrimos en esa época. Entrar ahí sería no salir vivos. Así que vamos a seguir buscando.

De repente, los dos vieron una sombra que cruzaba el grabado. Pero no era la sombra que habían visto antes. Era una mujer gitana que corría desde el principio hasta el final del cuadro y que se lamentaba de algo con mucho pesar.

—Mira, parece desesperada —dijo Mara.

Diego se acercó y miró fijamente. La figura de la mujer no se veía con nitidez, pero, si prestaban atención, podían escuchar su voz pidiendo ayuda.

—Tenemos que ayudarla. Le está ocurriendo algo grave —dijo Mara.

—Créeme que no podemos; en esa época murieron muchos gitanos —replicó Diego.

—Tengo una idea. Échate esto en la cara y en los brazos.

—¿Qué es esto? —preguntó Diego.

—Es mi base de maquillaje. Siempre la llevo en el bolso, pero no tengo tiempo de hablar de mis inseguridades.

Sacó una brocha y lo maquilló.

—¡Dios mío! ¡Estoy blanco aspirina! No quiero entrar ahí. Es muy peligroso.

Mara no pudo evitar reírse al verle la cara. Continuó con el cuello y las manos.

—Tienes que ponerte mi rebeca, te tapará los brazos.

—Mara, esto es una locura, fue una época terrible. Separaron a hombres y mujeres y los encerraron de por vida. Solo querían conseguir mano de obra gratis y exterminarnos. El marqués de la Ensenada fue un hombre horrible. Él ideó la Gran Redada para acabar con nosotros. Si me encuentro con él, te juro que no respondo. No podemos entrar en ese cuadro.

—Cálmate. Estoy segura de que algo podremos hacer. Espera.

Mara se dirigió a la mesa de madera y cogió varios folletos del museo, dos bolígrafos y un montón de folios y los metió en su bolso.

—¿Para qué quieres eso? —preguntó Diego.

—No lo sé, pero seguro que siempre nos ayudará para hacer algún trueque. Ahora, vamos a ayudar a esa mujer.

—Espera, Mara; debemos tener cuidado, esa época era muy complicada para los gitanos.

—Has dejado de ser gitano. Si estás más blanco que la pared.

De nuevo se escuchó el grito de la mujer pidiendo ayuda.

Mara no se lo pensó dos veces. Cogió la mano de Diego y metió la suya en el cuadro. Cuando vio que podía entrar, le dio un tirón a su amigo.

Los dos estaban fatigados cuando, tras una brusca sacudida, se encontraron de frente con la mujer. Era morena y menuda. Podía tener unos veinte años. En su cara sudorosa se podía apreciar su angustia.

—Necesito ayuda —les dijo muy apurada—. Vienen a por mí y si me cogen estoy perdida. Tengo que ayudar a mi hermano. Se lo han llevado esta noche, pero no lo encuentro. Se lo llevaron atado, como

a estos hombres que veis. También se han llevado a mi cuñada. A todos mis vecinos... Ellos fueron los primeros en ser apresados.

La mujer se sentó en el suelo y se tapó la cara con las manos.

—Ha sido horrible. Vinieron a por nosotros mientras dormíamos. Mi hermano consiguió meterme en un barril y no me vieron, pero ahora, ahora no queda nadie. Estos hombres son los últimos, los que no estaban censados o consiguieron escapar.

—Lo siento mucho, ha sido el marqués de la Ensenada. Ha separado a hombres y mujeres para exterminarnos —contó Diego.

—Tenéis que ayudarme, tengo que encontrar a mi hermano. Tengo que encontrarlos a todos. Me llamo Sara, mi hermano es Ginés Fernández y mi cuñada, Rosa Cortés.

Diego sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo. Sabía quiénes eran..., y cuál era su trágico final. Su madre le había hablado de Rosa Cortés y de su valentía. Sabía que había ayudado a un grupo de mujeres a escapar de presidio. Lo había hecho utilizando un clavo, con el que hizo un agujero en la pared. Su familia siempre había considerado a Rosa Cortés una heroína.

—Yo sé a dónde lo han mandado. Lo han destinado al arsenal de la Carraca, en Cádiz —contó Diego—. Tu cuñada va a ir a Málaga, pero luego acabará en la Casa de la Misericordia de Zaragoza y pasará a la Historia como una de las gitanas más valientes y más...

Mara le dio un codazo que lo interrumpió. No podía contarle a la chica lo que sabía.

—Vamos a ir a buscar a tu hermano. Pero no puedes acompañarnos con ese color de piel. Tienes que quitarte esa ropa, que va contando por sí misma la historia de una gitana. Ven, voy a maquillarte.

Mara cubrió toda la cara y el escote de la chica con su maquillaje. Le cambió el peinado, poniéndole uno de sus coileteros, y le cambió la falda por la suya. Aunque tenían un aspecto estrafalario, podían pasar por peregrinos extranjeros.

—Tenemos que volver a tu casa. —Diego había recordado algo importante—. Tienes que coger todos los objetos de valor. Van a vender las propiedades y pertenencias de los gitanos.

—No pueden hacer eso —dijo la mujer convencida—. La casa es nuestra, la levantó mi padre con sus manos.

—Eso no importa, Sara. Hazme caso, vamos a por tus cosas. Todo lo que tenga valor para ti tienes que cogerlo.

La chica asintió con la cabeza y se marcharon corriendo.

Cuando llegaron, dos hombres estaban en el interior de la casa, inspeccionándola.

Diego pidió a Sara que se quedara escondida mientras ellos entraban.

—¿Qué hacen aquí? —gritó Mara con autoridad—. Esta es mi casa. Salgan cuanto antes.

—Perdona, muchacha, pero tenemos orden de coger todas las cosas de valor de las casas de los gitanos y esta es una de las que nos han indicado.

—Pertenece a una familia gitana hace algunos años, pero mi marido y yo la compramos hace unos meses, cuando llegamos de Francia. Tengo los papeles, puedo enseñárselos.

Diego abrió mucho los ojos ante los dos faroles que se acababa de marcar su amiga.

—Somos extranjeros y no sabíamos que había tantos gitanos en esta calle. Pero ahora que no están, estaremos más tranquilos.

Diego volvió a abrir los ojos de nuevo y no pudo evitar abrir la boca de puro asombro.

—Les dejamos en paz, espero que disfruten del día —le contestó uno de los hombres.

En cuanto se marcharon, Mara se derrumbó sobre una silla de mimbre.

—Madre mía, qué miedo he pasado —dijo en voz baja.

—¡Pues cualquiera lo diría! —gritó Diego—. Por un momento pensé que nos descubrían y me llevaban a los arsenales para el resto de mi vida.

Sara entró en cuanto vio que los hombres se habían marchado.

—No tengo muchas cosas de valor. Solo tengo un collar de mi madre y el broche que mi padre le regaló a mi madre en su boda. Nos llevan casi medio día de camino. Será imposible alcanzarlos si no vamos a caballo. Y no va a ser fácil conseguirlos. Hay un tratante de ganado a pocos minutos de aquí, pero no nos los va a dar gratis.

—Gratis no, pero quizás mis anillos puedan servir. Son de oro, y mis pendientes también.

Diego se dio cuenta en ese momento que la generosidad de su amiga no tenía límites. Y sintió no haberse puesto aquella mañana, con las prisas, su sello de oro o alguna de sus cadenas.

Corrieron a buscar al tratante, que descansaba sobre una hamaca de una tela tosca y desgastada en el exterior de una vieja granja destartada. Mara miraba el entorno con una mueca de asombro.

—Necesitamos dos caballos —dijo Diego, tomando la iniciativa.

—No queréis algo barato —dijo el hombre, incorporándose.

—Tenemos todo esto. —Mara le ofreció todas sus pertenencias.

El hombre tardó un rato en comprobar que era de oro.

—Con esto, solo os alcanza para uno.

—Quizás esto pueda ayudar. Es de oro y tiene una piedra preciosa engarzada.

Sara puso en la mano del hombre el broche y el collar de su madre.

Mara y Diego se miraron. Era el mismo broche que estaban buscando. El de la flor de lis. Lo tenían ahí delante y no podían cogerlo.

Diego le hizo un gesto a Mara con la cabeza. Ella se mordió el labio con fuerza, sintiendo que la rabia le golpeaba con fuerza.

—Está bien, pero no serán muy lozanos. Os tendréis que conformar con dos viejas yeguas.

Diego y Mara vieron cómo Sara lloraba en silencio. Todo era muy difícil para ella. Deshacerse de las joyas de su madre fue un mal trago.

—Con lo poco que me gustan las alturas —confesó Mara mirando el caballo.

El chico esbozó una sonrisa y ayudó a Sara a poner la montura. Luego, aupó a Mara al caballo.

—Tenemos que irnos. Y tenemos que ir pensando cómo vamos a liberar a tu hermano. No va a ser nada fácil. Están encadenados y van con mucha seguridad. A ver si acertamos con el camino, porque aquí el GPS no va a funcionar.

—Tendremos que echar mano de la imaginación —dijo Mara—. Algo se nos ocurrirá.

—Yo sé cuál es el camino; he ido varias veces con mi hermano a vender allí. Pero no sé cómo vamos a enfrentarnos a los hombres armados —dijo Sara con pesadumbre.

Cabalaron durante un buen rato antes de divisar a un grupo que llevaba rehenes. Eran de un pueblo cercano. Tras un par de horas, encontraron a otro grupo y pudieron ver, por la expresión de Sara, que era el de su hermano. Estaban parados a orillas del río.

—Tenemos que hacer algo para que haya un revuelo y, con la confusión, poder liberarlos. Fíjate bien, están atados por las manos con cadenas, no va a ser nada fácil.

—Tengo una idea. Tengo un documental descargado en el móvil en el que salen leones. Si conseguimos darle volumen, podemos decir que vienen leones; cuando los escuchan, no tendrán duda. Sara, bájate del caballo. Tú irás detrás y, cuando hayamos sembrado el caos, te encargarás de quitarle las llaves al que manda. Nosotros te lo vamos a señalar. Esperaremos a que paren y espantaremos a los caballos. Así tendrán que huir a pie y será más fácil que no vuelvan.

—Yo no lo veo —afirmó Diego —, me parece muy arriesgado.

—Es nuestra única oportunidad —confirmó Sara.

—¿Y qué propones? Están armados. Si no es con caos, no vamos a poder vencerlos.

Diego y Mara se desplazaron por detrás y espantaron a los caballos, que corrieron libres mientras sus dueños echaban una siesta.

—Vamos a utilizar mi móvil como altavoz del tuyo, sé cómo hacerlo —añadió Diego.

—Pues vamos allá. Si ocurre algo..., quiero que sepas que yo...

—No va a pasar nada. —Diego cogió la cabeza de su amiga y la acercó a su pecho en un tierno abrazo.

Los interrumpieron los gritos de los hombres buscando los caballos.

Mara puso el manos libres y el ruido de los leones se multiplicó con el eco del prado.

—¡Corran! —exclamó Mara —. Hay unos doscientos leones que vienen en esta dirección. Y traen mucha hambre. Por eso salieron huyendo los caballos.

El sonido se hizo más cercano al subir los chicos el volumen de sus móviles. Los hombres salieron corriendo, apremiando al grupo de esclavos a que hiciera lo mismo, pero se hizo el caos. Tropezaron con las cadenas y quedaron atrapados en un círculo que clamaba piedad con gritos e intentos vanos de liberarse de sus ataduras.

Sara se acercó al hombre que lideraba el grupo y con un gesto rápido le quitó las llaves. Era imposible encontrar en aquel manojo la que abría las cadenas de su hermano. Por unos instantes se sintió derrotada, superada por las circunstancias, pero Diego intervino, corriendo hacia ella antes de que el grupo de hombres la aplastara.

El chico probó con rapidez varias llaves y por fin dio con la adecuada. Comenzó a abrir las cadenas, calmando a los hombres, con la noticia de que no había leones y que tenían que serenarse para que los pudiera liberar. Estuvo varias veces a punto de quedarse atrapado entre la muchedumbre, pues los hombres, desatados, corrían desordenadamente en todas direcciones tratando de liberar a sus compañeros.

Sara vio a su hermano cuando casi todos los hombres estaban en libertad. Se fundieron en un abrazo y Diego le quitó las cadenas.



—No podéis volver a vuestra casa, esta persecución va a durar muchos años —contó Diego.

—¿Cómo lo sabéis? ¿Sois acaso un adivino? —preguntó Ginés.

—Algo parecido. Tenéis que huir de España. Quizás a las Américas.

—No puedo, mi mujer está aquí...

—Rosa estará bien. Te darán por muerto y ella escapará dentro de poco. Le mandaremos una carta y le diremos que se reúna con vosotros en las Américas.

Diego le pidió a Mara el papel que había cogido de la mesa.

—Ten, esto quizás pueda ayudaros con los pasajes. —Mara le dio una pulsera de oro que llevaba desde niña y su reloj. Añadió los bolígrafos, los papeles y el maquillaje que tenía en el bolso. Diego hizo lo mismo con su cinturón y sus deportivas.

—Tenéis extraños ropajes, pero vuestro corazón brilla sobre ellos. No os olvidaremos nunca —exclamó Ginés.

—Llevaos los caballos. Os serán de utilidad. Corred, no os detengáis —pidió Mara.

A Diego y Mara les embargó un sentimiento extraño mientras los veían marcharse.

—Vamos, tenemos que regresar. Nos queda un largo camino a pie —dijo Diego.

—Tenemos que volver a por el broche. Tenemos que robarlo.

—No puedo robar, soy gitano y...

En el momento que pronunció la última palabra, los dos sintieron que el suelo se abría bajo sus pies. El portal de regreso se había abierto antes de lo esperado y otra vez les había impedido hacerse con el broche.

## 8 DOS NIÑOS Y CINCO CERDOS



Diego y Mara, despeinados y jadeantes, se miraron. Estaban de nuevo en la sala del museo, en la que habían caído estrepitosamente. Mara se sentía tan conmovida y desconcertada con lo vivido que ni siquiera sonrió al ver el rostro de Diego con el maquillaje corrido por el sudor y en calcetines, sin las deportivas.

—¿Cómo es posible que no estudiemos esto en Historia? Nadie nos cuenta que se intentó exterminar a tu pueblo. Qué gran injusticia, Diego. ¡Y menuda aventura! Vivir en nuestras carnes pedazos de historia. Es muy fuerte.

—¡Y muy peligroso! Podíamos haber acabado como ellos: Yo en alguno de los arsenales esclavizado haciendo barcos, con cadenas en los pies, y tú en una casa de misericordia con mujeres y niñas hacindas y hambrientas. Algunos estuvieron dieciséis años hasta el indulto general.

—Espero que las cosas fueran mejor a partir de entonces.

—El peso de nuestra historia nos oprime, Mara. La profesora tenía razón. La Historia es el espejo que refleja cómo llegamos a ser quienes somos. Y, sin embargo, a pesar de siglos de maltrato, hemos conseguido preservar nuestra cultura. Pero la marginación es difícil de...

—¡Mira!

Mara señaló uno de los cuadros. Era un grabado en blanco y negro, una reproducción en grande de un dibujo de Gustave Doré. Esa lá-

mina no la conocía Diego, pero sí las ilustraciones que había hecho el artista francés para el libro del *Quijote*. Su trabajo le impresionaba. Incluso había intentado evocar su estilo en algunos de sus dibujos, por eso reconoció inmediatamente su mano. Achicó los ojos y confirmó su autoría en el cartel que acompañaba el cuadro.



**GUSTAVE DORÉ, *Gruta de los gitanos en el Sacromonte***  
(1862). Colección privada

Mara señaló un extraño brillo en la esquina inferior izquierda del dibujo. El grabado representaba una calle populosa del Sacromonte, el barrio gitano de Granada. Gente humilde descansaba cerca de las cuevas que usaban de viviendas. De las puertas y ventanas, horadadas en la roca, colgaban telas. Dos niños azuzaban a unos cerdos. Y allí, a sus pies, frente al hocico de uno de los cerdos, destellaba aquello como un sol pequeño.

Diego se levantó de un salto para observarlo.

—¡Es el broche!

Trató de cogerlo, pero sus uñas rasgaron el dibujo sin poder penetrarlo. Mara se sumó a sus intentos.

—Tenemos que entrar como sea —dijo la chica.

Por más que lo intentaron, no lo consiguieron. Diego, frustrado, golpeó el dibujo, y entonces, su puño atravesó el papel. Al principio creyó que lo había roto, pero no, había vuelto a ocurrir. Instintivamente, agarró la mano de Mara mientras sentía en el estómago el vértigo de las otras veces.

Antes que el color y el sonido, les llegó la tufarada de los cerdos. El aire caliente y apestoso les golpeó el rostro. Los martillos de los herreros rompían la tarde con su ritmo metálico. Salvo eso, todo era quietud y un murmullo de voces apagadas. Hacía un calor pegajoso y la gente dormitaba aquí y allá. La mayoría vestía harapos y estaba descalza. Mara y Diego, después de echar un vistazo rápido, fijaron la mirada en el broche. Allí estaba, al alcance de su mano. Uno de los cerdos también lo miraba goloso.

—Se lo va a comer —gritó Mara.

Los dos se lanzaron hacia la joya al tiempo que lo hacía el puerco. Pero una mano diminuta fue mucho más rápida que todos ellos. Se hizo con el broche y escapó a toda velocidad. Mara y Diego se miraron desconcertados un segundo antes de echar a correr detrás del niño. No debía de tener ni ocho años, y corría que se las pelaba. El cerdo los siguió. El resto de la piara, otros cuatro marranos de buen tamaño, emprendieron también la persecución. Todo se llenó de gruñidos y de

polvo. Un niño de la edad del primero trataba de detener a los animales con un palo. A su paso espantaban a la gente, a los burros y a las gallinas que se cruzaban en su camino. El sendero se curvaba como una herradura. Todo era sol, polvo y chumberas en los barrancos.

De pronto, el niño desapareció. Seguramente había entrado en alguna de las cuevas. Ellos se detuvieron. La piara venía detrás, imparable. Tuvieron que aplastarse contra la pared de cal para para no ser arrollados. Al fin, el segundo niño consiguió detenerlos. Con los cerdos más calmados, se encaró con los muchachos.

—Casi pierdo mis *marramís* por vuestra culpa. Ay, ay, el tío Antonio me dará una *jampira* de las buenas. ¿Y ahora qué hago yo con los *marramís* rendíos?

Mara se palpó los bolsillos.

—Yo ya no tengo nada que darle para compensar.

Diego se quitó la chaqueta.

—Toma, por los inconvenientes. Pero debes ayudarnos a encontrar al niño que corría delante de nosotros.

—A ese le decimos el Morico por lo prieto que es. Algo más me haría falta *pa'* que me entren ganas de dar con él.

El niño sonreía, mostrando una boca desdentada y pícara.

Mara y Diego se miraron y soltaron una carcajada. Diego sacó un lápiz pequeño que siempre llevaba con él y se lo mostró.

—¿Te vale?

El niño asintió, contento.

—Con esto armo un trato fino —dijo entre risas—. ¡Vamos! A mí me llaman el Maño. Estáis en los mejores *bastes* de todo el Sacromonte. Vamos a ver al gitano rico.

—*Bastes* son 'manos' en caló —le tradujo Diego a Mara, que estaba paralizada mirando el paisaje.

Al otro lado del monte, roja y majestuosa, se recortaba la Alhambra. La imagen, con el monte primitivo y exuberante, les quitó el aliento. Tuvieron que echar a correr para alcanzar al niño y su piara.

## LAS CUEVAS DE SACROMONTE



Caminaron con los cerdos por las callejuelas empinadas del Sacromonte. El aire ardía como el metal de los herreros. Pasaron por las puertas de algunas fraguas y pudieron atisbar cuerpos medio desnudos, brillantes de sudor, iluminados por el fuego rojo. Entre golpe y golpe de sus martillos, se escuchaba a lo lejos alguna voz de mujer cantando.

—¿No deberíais estar en el colegio el Morico y tú? —preguntó Mara. Al niño le entró una risa floja.

—¿Al colegio? ¡Ja! Esos *jambos* no quieren que vayamos, nos echan por gitanos y por pobres. Pero yo ya me busco la vida currelando.

Levantó el pecho y sonrió con orgullo. Tenía la cara llena de churretes y los ojos le brillaban como soles negros.

—Es aquí —dijo.

Entraron en una cueva e inmediatamente sintieron el frescor de la piedra. Pestañearon para acostumbrarse a la penumbra. Allí había un gitano mayor con barba y patillas negras. Emanaba una gran autoridad.

Compartía unas frutas con dos franceses, vestidos con trajes de una elegancia extraña en aquel lugar. El más joven tenía patillas y grandes entradas en su pelo lacio. El otro, una frondosa barba castaña llena de jugos de fruta. La pobreza de la vivienda era grande y contrastaba con aquellos dos tipos.



GUSTAVE DORÉ,  
*Rico, el gitano*  
(1881)

El gitano mayor, al que el Maño llamó con respeto «abuelo», saludó al niño con cariño. Al descubrir a los dos jóvenes que lo acompañaban, enseguida les ofreció asiento y fruta, que trajo una gitana en una cesta. La hospitalidad de aquella gente, que compartían lo poco que tenían, era asombrosa.

El Maño sacó el lápiz que le había dado Diego y se lo ofreció a uno de los franceses.

—*Pa' usted, Gustaf*, un regalo del Maño. Así se acuerda de mí y me hace uno de esos.

El niño señaló una cartera de cuero llena de papeles que había dejado el hombre a su lado, en el suelo. El francés tomó el lápiz agradecido y lo observó con mucha curiosidad. Después, se metió las manos en los bolsillos para sacar alguna moneda a cambio del lápiz. El niño negó con la cabeza: «Era un regalo», dijo. Ninguno se dio cuenta, pero al francés se le cayeron unas monedas de plata al suelo. Mara lo vio. Iba a decírselo al hombre, pero cambió de opinión. A esos viajeros franceses les sobraba el dinero y a aquella familia gitana le fal-

taba. Bien estaba que luego encontraran ese tesoro en el suelo de la cueva a cambio de tanta generosidad.

—Gustar flamenco ver —dijo el otro francés, el de la barba, sonriente y mofletudo.

El matrimonio gitano asintió.

—Cuando baje el sol —dijo—, estáis todos invitados.

—Nosotros estamos buscando al Morico. Tiene algo que es nuestro —dijo Mara impaciente—. El Maño nos prometió llevarnos hasta él.

—Ah, ese *chinorré*... ¿No os habrá quitado nada? —preguntó el abuelo.

—No, no. Hemos perdido un broche y lo encontró él. No sabe que es nuestro —se apresuró a decir Diego.

—Ahora, cuando baje el sol, vendrá. Podéis verlo bailar; es capaz de romper el suelo con su patada —dijo la mujer de la cesta, apretando el mantón de flecos contra los hombros. Y al moverse, sus pendientes tintinearón.

Diego y Mara decidieron esperar. Eran agradables aquella cueva y aquella gente, y se merecían un rato de descanso después de tantas aventuras y peligros. Fueron llegando más familiares, mujeres y hombres, y todos charlaban animadamente. Hablaban una mezcla de español y caló. Se sorprendió al encontrar muchas palabras en caló que se decían también en castellano. Eso demostraba lo mucho que había contribuido aquel pueblo a la cultura española, que se había entreverado incluso en el idioma. También Mara se sintió conmovida por la humildad y el respeto de aquella gente. En ese momento, el abuelo descubrió las monedas de plata debajo del asiento del joven francés. Mara pensó que guardaría silencio para quedárselas. Sin embargo, el hombre las señaló con su bastón y le dijo al francés:

—Señor, le han caído esas monedas. Recójalas, no queremos que se vaya con menos de lo que ha venido.

La honradez del gitano asombró a los franceses. Mara sintió que su rostro se enrojecía, pues aquel gitano le había dado una lección. Diego recogió las monedas y se las dio al joven de las patillas.



Ya el sol había bajado y todos se trasladaron a la puerta de la casa. Vino una gitana guapísima conocida como la Perla y otros gitanos, acompañados de guitarra, panderos y una flauta de origen morisco. Mara estaba tan absorta en todo lo que veía que no se dio cuenta de que el Morico no llegaba. Diego estaba pendiente del camino. Vio llegar al niño, con la cara pálida, arreando un cerdo. Tenía los ojos rojos como de haber llorado. El abuelo hizo un gesto autoritario y el Morico se plantó frente a él con la cabeza gacha.

—¿Qué es lo que ha pasado, Morico?

El niño se sorbió los mocos y miró con la cabeza gacha, desde abajo, como los borricos. Y también, como los borricos, tenía grandes y negros los ojos, ahora enrojecidos por el llanto. Se veía que le daba rabia haber llorado.

—Me ha *retenío* la guardia civil —dijo.

Un murmullo de indignación llenó la tarde. Ya no se oían los golpes de las fraguas y el aire estaba lleno de olores y silencios.

—Esos desalmados. Creímos que ese cuerpo, que se fundó hace unos años, iba a ser mejor que la Santa Hermandad, pero esta Guardia Civil la tiene tomada con los gitanos.

—En cuanto veo el tricornio y las botas altas, me tiemblan hasta los refajos —dijo la Perla.

Todos contaron alguna historia desgraciada a causa de aquella guardia nueva que se la tenía jurada a los gitanos. Incluso un hombre mostró su espalda, donde le habían sellado con un hierro ardiente el escudo con las armas de Castilla solo por cruzar un despoblado para ir al mercado de Otura. Después, guardaron silencio y miraron al niño.

—¿Qué ha pasado con el broche, Morico? —preguntó Mara sin poder contenerse—. ¿Te lo han quitado?

El niño negó con la cabeza y se le escapó una sonrisa.

—¿Lo tienes todavía? —preguntó el Maño.

El Morico volvió a asentir.

—Entonces, dáselo a esos chavales. Son sus dueños —ordenó el abuelo.

—Es que no puedo —dijo el niño.

Todos le miraron con atención, apremiándolo a explicarse.

—Pos *pa'* que no me lo encontraran y pensarán que era un ladrón y que lo había chorado, se lo di a comer a la Morena, la *marramí*.

Todos miraron a la cerda que iba con el niño y empezaron a reírse.

—Entonces, habrá que esperar a que jiñe *pa'* que se pueda devolver.

A Mara y Diego, sin embargo, no les hizo mucha gracia.

—También podemos volver con la cerda —propuso con recochineo Mara.

A los franceses les había hecho tanta gracia la historia que el mayor de ellos tomaba notas de todos los detalles.

Y así, con esta alegría general, dio comienzo la fiesta.

El rasgueo de la guitarra llenó el aire tibio de la tarde. Sonaron los panderos y la flauta. La Perla comenzó con los bailes que llamaban zambras y el Morico la acompañó con un zapateado que hizo temblar el monte entero. La gitanilla bailó después el zorongo ante los ojos asombrados de los viajeros franceses. No veían la miseria, solo el exotismo y la fiesta de los gitanos. El Romanticismo fue también una especie de ceguera.

Cuando se hizo de noche, el abuelo tensó el cuello y cerró los ojos. Lo que pasaba detrás de esos párpados lo cantó el viejo gitano con una queja rota que partía la tierra en dos. Su ayeo retumbó en el corazón de los chicos con el mismo dolor con que lo habían golpeado los gritos de los gitanos camino del presidio.

El joven francés había sacado unas hojas de la carpeta de cuero y se había puesto a pintar con trazos seguros y resueltos la escena flamenca. Diego lo vio esbozar aquellas figuras con un estilo inconfundible que reconoció al instante. No podía dar crédito. Sin duda, ese hombre era Gustave Doré, el artista francés del siglo que tanto admiraba. Sintió cómo se le enrojecían las mejillas. Habría dado lo que

fuera por acercarse a verlo dibujar y aprender de aquel gran maestro, pero con la música todo empezaba a difuminarse. Miró a Mara perplejo. Sin darse cuenta, estaban cogidos de la mano. Sus ojos se encontraron. El azul de las pupilas de ella parecía haberse oscurecido con la guitarra y la noche. Estaban tan cerca que sus alientos se confundieron. Cerró los ojos, sintiendo su intimidad, y entonces algo tiró con fuerza de él. Notó que resbalaba por un túnel, hasta que un golpeazo le llevó a abrir los ojos. Los muslos y el costado le ardían, doloridos. De nuevo habían caído con estrépito en la sala del museo, uno al lado del otro.

## 10 ¿DÓNDE ESTÁN NUESTROS GITANOS?



Diego y Mara se volvieron hacia un cuadro que pareció iluminarse repentinamente. Mara dio un paso al frente mientras Diego retrocedía.

—Es bonito —dijo ella—. Me gusta el color.

—Es terrible, Mara —acertó a decir Diego.



*STOJKA CEIJA, ¿Dónde están nuestros gitanos?*

(1938). Museo de Viena, Viena

Ella se giró interrogante.

—¿No ves lo que significa? *Porrajmos*, ‘la destrucción’. El Holocausto gitano. Mira los soldados nazis de la esquina. Todos esos gitanos van a ser conducidos a campos de exterminio. La mayoría morirán.

—¿Los gitanos fueron asesinados por los nazis? —preguntó Mara sorprendida.

—La mitad de todos los gitanos de Europa murieron en el Holocausto. En Viena, el noventa por ciento. Ese cuadro debe ser de las afueras de Viena. Es de Ceija Stojka, una superviviente. Comenzó a pintar de mayor para sacar todo ese dolor. No te acerques a él, por favor.

Mara volvió a mirar el cuadro. Algo brillaba extrañamente, una lentejuela. Parecía la pequeña joya, que estaba en manos de una de las mujeres coloridas que levantaban los brazos en el parte inferior del cuadro, en el centro.

—¡Mira eso! —dijo, señalándolo.

Su dedo casi rozaba la tela.

—¡No, por favor! —rogó Diego respirando muy fuerte, con ansiedad.

Mara quiso alejar la mano, pero no pudo. Sintió que una extraordinaria fuerza tiraba de ella, como las otras veces.

—¡Diego, ayúdame, no puedo mover el brazo! ¡Algo me empuja hacia dentro!

—¡Maldito broche! —gritó aterrado Diego mientras agarraba el otro brazo de Mara y tiraba de ella con todas sus fuerzas.

Pero aquello que empujaba a Mara dentro del cuadro era imposible de detener. Como un huracán, los dos fueron succionados. El color chillón se mezcló ante sus ojos en un remolino para después formar aquellos carromatos de esmalte verde, marrón y amarillo que abarcaban toda su visión. Una multitud desesperada de mujeres y hombres gitanos levantaban los brazos. El aire estaba limpio, soleado; en él

aleteaban los gritos de los soldados nazis. No se escuchaba nada más. Ni siquiera los pájaros.

Uno de aquellos soldados, con la esvástica en el brazo, se acercó a Mara y Diego y les gritó algo en alemán. Como estaban paralizados por el terror, el hombre les dio un culatazo sin dejar de gritar y se vieron abocados a la aglomeración de gitanos que caminaban con los brazos en alto: mujeres, hombres y niños de todas las edades. En medio de aquella multitud, caminaron apretujados, sintiendo el golpeteo de codos y hombros, de miradas de incompreensión y terror.

—Al menos no nos han disparado —les dijo una mujer en romaní, y Diego lo comprendió.

A empujones y gritos los metieron en un tren. Estaban hacinados, hacía mucho calor y apenas podían respirar. El vagón estaba cerrado y solo a través de las grietas de la madera se colaba algo de aire. Entre la muchedumbre, habían perdido a la mujer del broche.

Diego abrazaba a Mara y la sentía temblar entre sus brazos.

—Conseguiremos salir, no te preocupes —le decía al oído, muy cerca.

Ella miraba los rostros que la rodeaban y sentía romperse su corazón.

—Pero todos ellos...

Diego la abrazó más fuerte. El recorrido fue interminable. Un hombre se puso a cantar. Su lamento atravesó el aire asfixiante y se quedó allí, flotando, como una mariposa negra que presentía el horror, pero que, al mismo tiempo, consolaba.

Al fin, el tren llegó. Los hicieron bajar a gritos y culatazos. Una enorme bandera con la esvástica y una alambrada los sobrecogió. Al fondo, unas torres humeantes lo llenaban todo de un olor a ceniza y muerte.

—Esto es espantoso —dijo Mara.

Diego asintió sin soltar su mano.

—Hay que buscar la forma de salir cuanto antes.

En el interior del campo de concentración, todo seguía siendo confusión e incertidumbre. Cerca de la alambrada vieron a una niña en cuclillas junto a un montón de cadáveres. Arrancaba tallos del suelo y se los comía. Tendría doce años y estaba tan delgada que sus ojos parecían enormes y sus pómulos se marcaban como dos piedras. La cabeza rapada se escondía en la sombra de la pila de cadáveres amontonados en un carro.

Mara y Diego se miraron. Había un magnetismo, una fuerza interior primitiva que hacía sobrevivir a aquella niña. Aprovecharon la confusión para acercarse a ella. En el brazo tenía tatuado el número Z6399. Masticaba como un rumiante. Mara se rascó los bolsillos, sacó un caramelo y se lo ofreció a la niña. Ella abrió aún más los ojos, incrédula. Como un animalillo, lo agarró y se lo metió en la boca. Una sonrisa fugaz atravesó su rostro.

—¿Cómo te llamas?

—Ceija.

Diego y Mara se miraron sorprendidos. Era la autora del cuadro que habían atravesado. Al menos, supieron que sobreviviría y que con sus obras daría a conocer el Holocausto gitano.

—¿Por qué estás junto a...?

Mara señaló la carreta llena de muertos sin atreverse a pronunciar aquella palabra que estaba en todos lados, que pesaba en el aire lleno de cenizas, en los tablones podridos de los barracones, en los ojos cadavéricos de los reclusos.

—Ellos me acompañan —dijo—. Me dan calor. Hace tanto frío y tengo tanta hambre...

Volvió a tomar un puñado de hierbas. Antes de metérselas en la boca, mordió el caramelo, que crujió entre sus dientes. Les contó que apenas le daban de comer, por eso comía hierbas y ramas. Diego recordó que, en sus obras, Ceija Stojka siempre firmaba con una rama de árbol.

Los gritos de un soldado los pusieron en alerta. Llamaban a los dos chicos para que regresaran con el resto de los gitanos recién lle-

gados. Los apuntaba con una pistola. Ellos vieron su figura y la boca del arma en los ojos enormes de Ceija, que los abría, asustada, mirando al soldado. Unos ojos que, de pronto, lo llenaron todo. El mundo se había transformado en una única pupila desmesurada, verde, y era un cuadro pintado por la mano de Ceija Stojka, esa mano huesuda y ancha, ya vieja.



CEIJA STOJKA, *[Sin título]*  
(1995). Fondation Antoine de Galbert, Paris

Ese cuadro estaba delante de ellos, y también había una mujer mayor, racial, de anchos labios, pelo recogido y media sonrisa. Fumaba sentada en una silla y en su brazo tenía tatuado el número Z6399.

—Lo estáis haciendo muy bien —dijo.

Sopló el humo y sonrió. Los chicos miraron a su alrededor. Estaban en una cocina con cuadros por todas partes. Esas pinturas coloridas representaban la vida trashumante como vendedores de caballos antes del Holocausto y el terror del campo de concentración mirado a través de los ojos de una niña y pintado por las manos de una mujer mayor. Las manos de Ceija Stojka.



—He estado en tres campos de concentración —les dijo despacio, sin dejar de sonreír—. En tres ocasiones estuve en la puerta de las cámaras de gas. He visto morir a tanta gente, tanta crueldad y devastación... Pero he sobrevivido y debo contarle todo. No se habla de nuestro sufrimiento durante el Holocausto, del genocidio gitano.

Diego inclinó la cabeza con respeto.

—Gracias, Ceija, por contarle. Admiro mucho tu trabajo.

Ceija sacudió la cabeza.

—Yo no tuve la oportunidad de formarme, muchacho, aunque mis cuadros contienen la verdad y el dolor. Tú debes estudiar y buscar también tu verdad.

Hizo una pausa y continuó:

—Hasta 1982 no se reconoció el genocidio nazi contra los roma, los gitanos.

—¡Qué fuerte! —exclamó Mara sin poder evitarlo—. Toda aquella gente...

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Sentía rabia, la misma que atravesaba a Diego y a su pueblo.

—Sé lo que buscáis —dijo Ceija. Su voz era grave y fuerte. De superviviente—. El hombre del retrato os lo dará.

—¿El hombre del retrato? ¿Qué retrato...? —preguntó Mara. Pero no pudo seguir porque, otra vez, aquella poderosa fuerza que había estado jugando con ellos toda la mañana los empujó hacia adelante.

Sintieron el vacío y la velocidad. La oscuridad los absorbió y cayeron de nuevo en la penumbra de la sala del museo.

## 11 EL PROTAGONISTA DE LA *PEDÍA*



Un halo de tristeza se instaló en los ojos de los chicos. La pesadumbre de lo vivido no se había evaporado al volver a la sala. La crueldad de los hechos se había quedado a vivir con ellos, instalada en una angustia que no eran capaces de sacudirse.

—Estoy horrorizada. No puedo dejar de pensar en todos los niños y niñas del campo de concentración. Tuvo que ser terrible.

—Prométeme que no tocarás ningún cuadro, Mara. Es muy peligroso.



JOSEP SERRASANTA, *Familia gitana*

—Mira, este es diferente —dijo su amiga mirando uno donde se veía a una familia gitana en su hogar.

—Diego, no te lo vas a creer. —Hizo una pausa y miró a su amigo—. La muchacha ha girado la cara y me ha sonreído. Creo que tenemos que entrar en este cuadro. Tengo una intuición. Y mira, tal como van vestidos, seguro que van a bailar.

—Mara, no. Ya hemos tenido bastante. Nos quedamos quietos.

—Fíjate bien... Mira, ¿no ves nada extraño?

Diego miró el cuadro. Lo conocía. Se titulaba Familia gitana y era de Josep Serrasanta, un pintor que le encantaba por lo que transmitía en su obra. Se fijó en los detalles. No pudo creer lo que vio. En la escena, el padre le ofrecía algo a la muchacha, y tenía algo entre los dedos. El brillo le era familiar. No cabía duda, era el broche.

—Tenemos que ir a por él. Está ahí. No hemos llegado hasta aquí para dejarlo en el cuadro. Están sentados en una casa, no creo que haya mucho peligro en ese escenario.

—Mara, ese cuadro es de la época franquista, y créeme que el franquismo no fue un buen tiempo para los gitanos. Teníamos a la guardia civil siempre detrás. La Ley de vagos y maleantes y, después, la Ley de peligrosidad social nos lo pusieron muy difícil y ...

Diego sintió cómo su amiga tiraba de él y lo metía con fuerza dentro del cuadro. El camino se hizo un poco más largo que las veces anteriores.

Cuando notaron que pisaban tierra firme, se dieron cuenta de que estaban en un sitio peculiar, terroso y apartado, unas calles estrechas donde solo había población gitana. Unos niños bailaban en una de las puertas, en plena calle, animados por una guitarra.

—¿Qué es esto? —preguntó Mara, abrumada por tanta pobreza.

—Es un barrio chabolista. Ya te dije que no eran buenos tiempos para nosotros.

—Menuda novedad —anunció Mara.

—A ver ahora dónde encontramos a esa muchacha.

Vieron a mucha gente aglutinada en la puerta de una de las cha-bolas y se acercaron a ver qué ocurría. Diego prestó atención a las conversaciones de los mayores y no tardó en darse cuenta de que era una fiesta de pedida. Creyó reconocer al padre del cuadro y al resto de los hermanos.

—Es una *pedía*. La familia del novio viene a hablar con la familia de la novia para pedir su mano. Por eso su padre le estaba dando el broche; es un día especial para ella.

—Qué emocionante. Vamos a verlo. —Mara tiró del brazo de su amigo.

Se acercaron a la muchedumbre, que estaban mirando el interior de la casa. La familia del novio estaba expresando el interés del muchacho por establecer una relación formal con la chica. El padre de la novia la llamó para consultarla, para saber su opinión sobre el noviazgo.

—¿Dónde está la novia? —susurró Mara.

—Normalmente, está dentro de la casa, esperando. Pero aquí no hay más habitaciones que esta, así que estará en la casa de una vecina. El novio no puede verla hasta que ella venga a dar el consentimiento.

Mara observó la habitación. Se detuvo unos instantes en el suelo, que no era más que tierra polvorienta. Examinó las paredes, carcomidas por la humedad. Las personas mayores estaban sentadas en sillas de enea. Calculó que los vecinos las habían traído para la ocasión, ya que todas eran distintas.

Cuando vieron a la novia, los dos abrieron la boca. La muchacha del cuadro llevaba prendido en su pecho el broche, que brillaba flamante como las joyas que se lucen el día más importante de tu vida.

—Va a ser imposible hacernos con él —se lamentó Diego.

—Ten confianza, cosas peores hemos hecho —añadió Mara.

Cuando la novia, ruborizada por la vergüenza, dio su consentimiento, los hombres fueron invitados a tomar un chato a la taberna de la esquina. Mara animó a Diego a que se marchara; no le preocu-

paba quedarse sola con las mujeres, que ya cantaban y bailaban con la novia.

—Vete tranquilo, no me meteré en líos. Solo veré el ajuar de la novia.

Diego se marchó a regañadientes, con la seguridad de que su amiga no cumpliría con lo prometido. Pero sabía que estando sola con la novia lo tendría más fácil.

No habían doblado la esquina cuando el grupo se encontró de frente con la guardia civil. Todos los hombres se paralizaron. Les pidieron con malos modos que se pusieran en la pared y comenzaron a burlarse de sus ropajes.

—¡Qué tenemos aquí! Hoy van estos señores con sus mejores galas —dijo el que parecía estar al mando.

—No hemos hecho nada malo —replicó Diego.

—Ya tenemos al primer gallito del corral —añadió unos de los guardiaciviles, y le dio un golpe en el estómago.

—No tiene derecho a tratarme así.

Las mujeres comenzaron a acercarse, alertadas por otras vecinas que los vieron al pasar.

Les pidieron la identificación y Diego supo que tenía un problema. No podía enseñar la suya. Deseó no haberle hecho caso a su amiga y haber permanecido junto a ella.

Mara abrió mucho la boca cuando se acercó y vio que Diego estaba detenido. No sabía qué hacer. Pero tenía que ayudarlo. Y tenía que hacerlo rápido. Habló con las mujeres del grupo y les dio una instrucción que entendieron a la primera.

Una de las muchachas se rascó la cabeza con fuerza. Diego no tenía ni idea de lo que le estaba diciendo su amiga, pero por pura inercia se rascó él también.

Mara se acercó al grupo de guardiaciviles y gritó con fuerza:

—Yo no me acercaría mucho. Están minaítos de piojos. Los estoy viendo saltar desde aquí.

Todos los guardiaciviles retrocedieron, momento en que las mujeres, alertadas por Mara, ocuparon el espacio que había entre sus maridos y los guardias. Los gitanos, al darse cuenta de que sus mujeres los estaban protegiendo con sus cuerpos, huyeron a toda velocidad.

Los guardias intentaron por todos los medios separar a las mujeres que con firmeza los habían rodeado. Mara pudo ver cómo las golpeaban y se llevaban esposadas a unas cuantas, pero ella consiguió escapar en el momento que un guardiacivil creía haberla atrapado.

—¿Ves? ¡Te lo dije! No era buena idea. Tenemos que salir de aquí antes de que vengan refuerzos.

—He hablado con la chica del broche. Es la herencia de su abuela. Ha pasado de generación en generación. Le he pedido que me lo dejara ver, pero, justo cuando se lo iba a quitar, hemos escuchado el jaleo. He estado a punto de conseguirlo.

—Mara, no hubiese sido tan fácil. No te hubiesen dejado llevártelo así como así.

—¡Qué dices! ¿No te has dado cuenta de quién ha llegado aquí la primera? Corro como una bala.

Diego respiró hondo, intentando recuperar la normalidad. Olfateó con incredulidad: ¡estaban junto a un vertedero de basura! El olor era insoportable. Mara lo miró con ternura.

—Ya ves, pasan los años y los siglos y las cosas no han cambiado para nosotros. ¡Piojos! Ya se te podía haber ocurrido otra cosa. Tenemos que volver. No podemos correr el riesgo de que me metan en la cárcel, o tendrás que mandarme cartas al pasado. —Diego sonrió.

—Lo mismo no quiero escribirte; me olvido de ti y ...

Diego la cogió por un brazo y la acercó a su cuerpo con un movimiento rápido. La miró a los ojos y le apartó un rizo que amenazaba con metérsele en el ojo.

En el momento que Mara puso las manos sobre su cintura, sintió que el suelo volvía a temblar.

Y los dos tuvieron la certeza de que esta vez había sido en el momento más inoportuno.

## 12

### EL HOMBRE DEL RETRATO



Habían regresado al museo. Diego seguía agarrado al brazo de Mara. Ella sintió una repentina vergüenza. Su aspecto debía ser lamentable, despeinada y sofocada por todo lo vivido. Se consoló con el aspecto de Diego, sin duda, peor que el suyo, y, sin embargo, le pareció más atractivo que nunca. Él la atraía hacia sí, pero entonces una voz retumbó en la sala.

—Lo estáis haciendo muy bien.

Los dos buscaron al dueño de aquella voz masculina de clara dicción. Había repetido la misma frase que les había dicho Ceija Stojka. No había nadie más que ellos en aquella habitación. Buscaron altavoces, pero no vieron ninguno.

—¡Estoy aquí! —dijo la voz, riéndose afablemente.

Los dos se volvieron y Mara señaló el último cuadro. De allí venía la voz.

Apenas se veía en la penumbra. Se acercaron y comprobaron que era la fotografía de un hombre joven, imponente, que se encontraba subido en la tribuna del Congreso. Diego sonrió.

—Aquí está —dijo—. Es él.

—«El hombre del retrato os lo dará» —pronunció Mara despacio, recordando las palabras de Ceija Stojka—. ¿Quién es?

—Juan de Dios Ramírez Heredia.



Intervención de Juan de Dios Ramírez Heredia en el Congreso de los Diputados Madrid, 7-6-1978, Album / EFE / jt

—¿El que nos sacará de esta y nos dará el broche? —preguntó Mara.

—El gitano que firmó la constitución de 1978, en la que se nos considera iguales ante la ley. El primer gitano diputado. El primero en hablar en el Parlamento. El que consiguió que se eliminasen los estatutos del Reglamento de la Guardia Civil que iban en contra de los gitanos. El que luchó y sigue luchando para que seamos ciudadanos de primera. En España, todos los gitanos veneramos a Juan de Dios Ramírez Heredia. Nunca le agradeceremos lo bastante todo lo que ha hecho por nosotros, Mara.

Una risa varonil y suave los alcanzó. Parecía salir de la fotografía. Sin embargo, estaba inmóvil. Diego agarró de la mano a Mara y se acercaron a él.

—Hay que entrar ahí como sea —dijo.

Los dos acercaron las manos al mismo tiempo hacia la fotografía. Esta vez, todo fue suave, como un soplo de aire que les hizo pestañear, y ya todo era distinto a su alrededor. El hombre estaba sentado frente a ellos en una butaca. Estaban en un gran despacho, repleto de



estanterías con libros. Juan de Dios los miraba sonriente, como un padre mira a sus hijos. Inclínó un poco la cabeza y, sin dejar de sonreír, dijo:

—Frente a tanta ignominia, frente a tantas pragmáticas y persecuciones, frente a tantas agresiones infligidas a nuestros antepasados durante siglos, hemos levantado con orgullo la cabeza proclamando que somos gitanos, a pesar del peligro que corríamos de que nos la partieran. Y aquí estamos. Seguiremos luchando hasta que ni un solo gitano sufra discriminación alguna, como te ha ocurrido hoy, Diego. Sé que estáis buscando algo. Me dijeron que un chico gitano había sido acusado de robarlo. Este broche no es un broche cualquiera. La flor de lis simboliza la nobleza, la alegría, la generosidad y el honor. Pero, sobre todo, la sabiduría. No lo olvides nunca. Estoy seguro de que sabrás qué hacer con él. Ojalá seas tan valiente el resto del camino. Solo los valientes encontrarán las respuestas.

Extendió la mano y les ofreció el broche.

Diego y Mara se miraron antes de que el chico lo recogiera en su palma. La joya desprendió una luz que les cegó por un instante, y, al recuperar la visión, estaba de nuevo frente a la fotografía, dentro de aquella extraña sala del museo.

—¡Lo tenemos! —dijo Mara feliz, olvidándose de repente de todas aquellas terribles historias de las que habían sido testigos.

La euforia del momento la llevó a besar a Diego en la mejilla. Los dos se quedaron paralizados con aquel espontáneo gesto. Mara fue a dar un paso hacia atrás.

—Perdona..., yo... Ha sido la emoción de..., quiero decir..., que...

Pero no pudo seguir hablando. Diego la sujetó para mantenerla contra su cuerpo.

—Gracias —dijo en voz baja, casi con un susurro, un suave aliento sobre el rostro de Mara—. Gracias por no dejarme solo.

Estuvieron un segundo así, quietos, detenidos. Y entonces Mara, nerviosa por aquellos ojos tan negros que la atravesaban, se desprendió de los brazos de Diego.

—Bueno, esto no lo he hecho gratis —dijo con demasiada energía, forzando una naturalidad que estaba lejos de sentir. Toda ella temblaba, su corazón iba a mil—. Tendrás que hacerme un retrato.

Entonces, Diego sacó del bolsillo del pantalón el papel con el dibujo de Mara que había guardado aquella mañana y se lo dio.

—Ya te lo había hecho.

—¡Lo sabía! —dijo ella, sonrojándose de felicidad.

También Diego notó que le ardían las mejillas. De nuevo se acercaron; no había espacio ni nada entre ellos que no fuera su aliento. Inclinaron las cabezas, sus narices tropezaron y cerraron los ojos. Un estruendo los hizo separarse de repente.

Todos los cuadros se habían caído de la pared. En el mismo momento. Estaban todos rotos.

## 13

### EL BROCHE



—¿Qué ha pasado? —preguntó Mara asustada.

—No lo sé, pero tenemos que pensar algo rápido. Van a venir los de seguridad.

—Si te ven con el broche en la mano, te acusarán de haberlo robado.

—Pero no podemos hacer otra cosa. Si vuelven y me registran otra vez, lo encontrarán y será peor. Entonces ya no tendré escapatoria.

—Tiene que haber una solución —exclamó Mara afligida—. No puedes pagar por algo que no has hecho.

—Ya has visto nuestra historia, Mara, siempre hemos pagado por cosas que no hemos hecho. Ese es nuestro destino.

—Pues ya es hora de que cambie. Ha sido demasiado sufrimiento, demasiadas calamidades. No es justo.

—¿Acaso ha sido algo justo para nosotros? No, nunca. Tenemos que devolverle este broche a su dueña. Es muy caro y está angustiada. Ella no tiene culpa de nada.

—¿Y qué le decimos? ¿Que hemos viajado por la Historia? Pues lo mismo nos encierran a los dos.

—Mara, tienes que calmarte. No hay otra solución. No podemos salir de aquí y no podemos dejar a su dueña sin él. Y tampoco es que podamos inventar nada creíble. Tenemos que entregárselo y apechugar con las consecuencias.

—Podemos meterlo en el cajón de esa mesa. Y luego...

—Y luego me buscarán por cielo y tierra para acusarme. Con el colegio aquí, no lo van a tener muy difícil. No hay salida, hay que aceptar nuestro destino.

—¡No puedo creer que digas eso! Siempre habéis aceptado vuestro destino, aunque os hayan intentado exterminar, marginar y acusar continuamente y de forma injusta. Ya es hora de que cambien las cosas.

En ese momento se abrió la puerta. Entraron los dos vigilantes de seguridad. Diego buscó el broche, pensando que lo tenía en la mano, pero no lo encontró. Cerró los ojos despacio cuando se dio cuenta de que Mara se lo había colocado en su jersey.

—Mira qué tenemos aquí —dijo Fredi con sorna—. Apareció el broche. Bernardo, ve a llamar a la señora, que nos pidió hablar con quién lo tuviera. Es una señora muy influyente y ya hemos tenido bastantes complicaciones en el día de hoy. Mejor la avisamos.

Uno de los guardas de seguridad salió de forma apresurada de la sala. El otro se acercó al broche con intención de cogerlo.

—Este broche es mío —dijo Mara sin pensarlo.

—Sí, claro, guapita, lo que tú digas —dijo el vigilante mientras se acercaba a coger el broche.

—No la toques. Ella se lo quita sola —protestó Diego, interponiéndose en su camino.

El vigilante sonrió de forma macabra. Esperó a que Mara se lo quitara y le mostró la mano para que lo soltara en ella.

En ese momento se abrió la puerta. Una señora mayor, muy elegante, entró en la sala seguida por el otro guardia. Por su indumentaria, parecía extranjera, quizás india. Su vestido rojo era largo, ocultando sus zapatos, de los que solo asomaba una puntera azul cielo al caminar. Un chal de gasa verde le tapaba los brazos, pero dejaba ver unos hombros morenos. Tenía una mirada inteligente y su paso era decidido. Toda en ella emanaba seguridad.

—Dejadnos solos —exclamó con autoridad.

Los vigilantes salieron de la sala. Diego estaba a punto de hablar, pero la mujer hizo un gesto con la mano para que se callara.

—Sé que no lo habéis robado. Solo quiero disculparme. Erais mi última esperanza.

Diego y Mara se miraron sin entender nada.

—Me llamo Gelem. No importa de dónde vengo ni quién soy. Lo único importante que tenéis que saber es que vosotros sois parte de mí y que os necesito para que difundáis mi mensaje. Sois mi futuro. —Miró a Mara y cogió sus manos entre las suyas con suavidad—. Y en mi futuro quiero estar rodeada de mujeres como tú, capaces de ayudar a los demás dando todo lo que tienen, ayudando a sus amigos y siguiéndolos hasta el fin del mundo solo para que tengan la certeza de que no están solos. Yo he creado esta sala y solo vosotros podéis verla.

—Pero yo..., no sé qué puedo hacer por usted —contestó Mara.

—Miras al corazón por los ojos de las personas, no te quedas en el color de su piel. Es todo lo que necesito. Es justo lo que se necesita para cambiarme —musitó la señora.

—Yo tampoco tengo muy claro qué espera de mí —añadió Diego—. Y tampoco sé por qué me ha escogido.

La señora lo miró fijamente y sonrió.

—Tienes todas las respuestas dentro de ti. Solo tienes que buscarlas. Quiero daros las gracias. Sé que mis métodos no han sido los más adecuados y que no ha sido fácil para vosotros esta aventura. Pero era necesaria para que me entendierais, para que pudierais difundir mi legado. —Se entristeció con las últimas palabras e hizo una pequeña pausa.

Diego la miraba fijamente, esperando que le respondiera a la segunda pregunta.

—Te he escogido por tu capacidad de empatizar; sé que eres la persona adecuada para difundir mi mensaje. Eres creativo, inteligente y generoso. No podría encontrar a nadie mejor.

La señora se giró para salir y, ya en la puerta, llamó a los vigilantes.

—Ese no es mi broche —les dijo—. No son capaces de diferenciar una joya de una baratija. Déjelos salir, ellos no han sido. Ninguno de los dos estaba en el museo cuando me ha desaparecido el broche. Venían con la excursión, y el robo fue mucho antes.

Los dos vigilantes se miraron asombrados. La señora salió de la sala dejando pensativos a las cuatro personas que dejaba atrás.

—Podéis marcharos. Sentimos las molestias, chicos —musitó uno de los vigilantes.

—Que sepáis que os vamos a denunciar por racismo —repuso Mara.

Diego la miró extrañado. Pero su amiga tenía razón. Había llegado la hora de luchar, de hacer que las injusticias no se repitieran una y otra vez.

Los dejaron salir de la sala y corrieron a buscar a su grupo, que estaba terminando la visita al museo. Eran tantos los estudiantes, que nadie se había percatado de su ausencia.

No hablaron en todo el camino de regreso. No sabían ni qué decir. Permanecieron los dos sentados juntos, disfrutando del silencio.

Al llegar al colegio, Diego se ofreció a acompañar a Mara a su casa. Le habló cuando llegaron a su portal.

—Sé quién era esa señora. Y lo que quiere de mí —afirmó Diego.

—¿La conocías? —preguntó Mara intrigada.

Diego asintió con la cabeza.

—Quiere que luche, que dé a conocer nuestro pasado para que las cosas cambien, para que no haya más niños teniendo que demostrar que son inocentes, para que se sepa nuestra historia y se comprenda que nuestra forma de vivir es un legado del pasado marcado por la marginación y la pobreza.

—Te ayudaré. No sé cómo, pero buscaremos la manera juntos. —Mara entrecruzó los dedos con su amigo—. Pero solo lo haré si me cuentas quién era esa señora.

—Iba vestida con los colores de nuestra bandera, el azul del cielo, el verde del prado y el rojo de la rueda del camino. Y se llamaba como

nuestro himno, *Gelem*, que significa ‘anduve’. Es un himno que habla sobre el pesar de nuestro pueblo.

—¿Y con la flor de lis ha querido simbolizar...? Como no he podido verlo antes...

—La flor de lis simboliza nuestros valores, los valores gitanos: la alegría, la sabiduría de nuestros mayores, el honor, la nobleza...

—Claro —dijo Mara emocionada—. Dijo que somos parte de ella y que somos su futuro. Pero no entiendo bien. Yo no soy gitana, no soy su futuro.

—Creo que también eso lo dejó claro. Los gitanos no podemos caminar solos por el mundo. Necesitamos de otras personas...

—Que os miren a los ojos y sepan ver más allá del color de la piel —lo interrumpió Mara visiblemente emocionada.

—Ella nos ha marcado el camino. Y ahora estoy seguro de querer llegar a la meta.

—Y la meta es llegar a cambiarla a ella. Porque ella es vuestra historia.

Diego asintió.

—¿Sabes? —preguntó Mara —, Juan de Dios te dijo que tenías que ser valiente. No sabía que ya lo eras. Eres capaz de afrontar un destino que no te corresponde solo por hacer justicia. Eso es lo más valiente que he visto en mi vida.

Diego la abrazó con fuerza.

—Es fácil serlo con compañeras aventureras que transforman el mundo con alarmas de móvil, sonidos de leones y piojos —bromeó Diego.

—Ha sido divertido, Diego Cortés. Me ha encantado conocer una historia que también me pertenece y que nunca nadie me había enseñado.

Mara le dio un beso suave en los labios y se marchó corriendo. Antes de entrar en el portal, se giró y le sonrió.

Diego se fue caminando despacio; sabía que su vida había cambiado aquel día, en aquel museo.

Lucharía con todas sus fuerzas para que también cambiara la vida de todos los niños y niñas gitanos. Sería la certeza de que las cosas podían ser de otra manera.

Y tenía que empezar por ella.

Tenía que empezar por mostrar su historia.



# Agradecimientos

*Gracias a Lola Cabrillana por su entusiasmo y por abrirme la puerta al mundo gitano.*

*Gracias a todos los expertos y a la Fundación SM por darme la oportunidad de adentrarme en la terrible historia del pueblo gitano, historia también del pueblo español.*

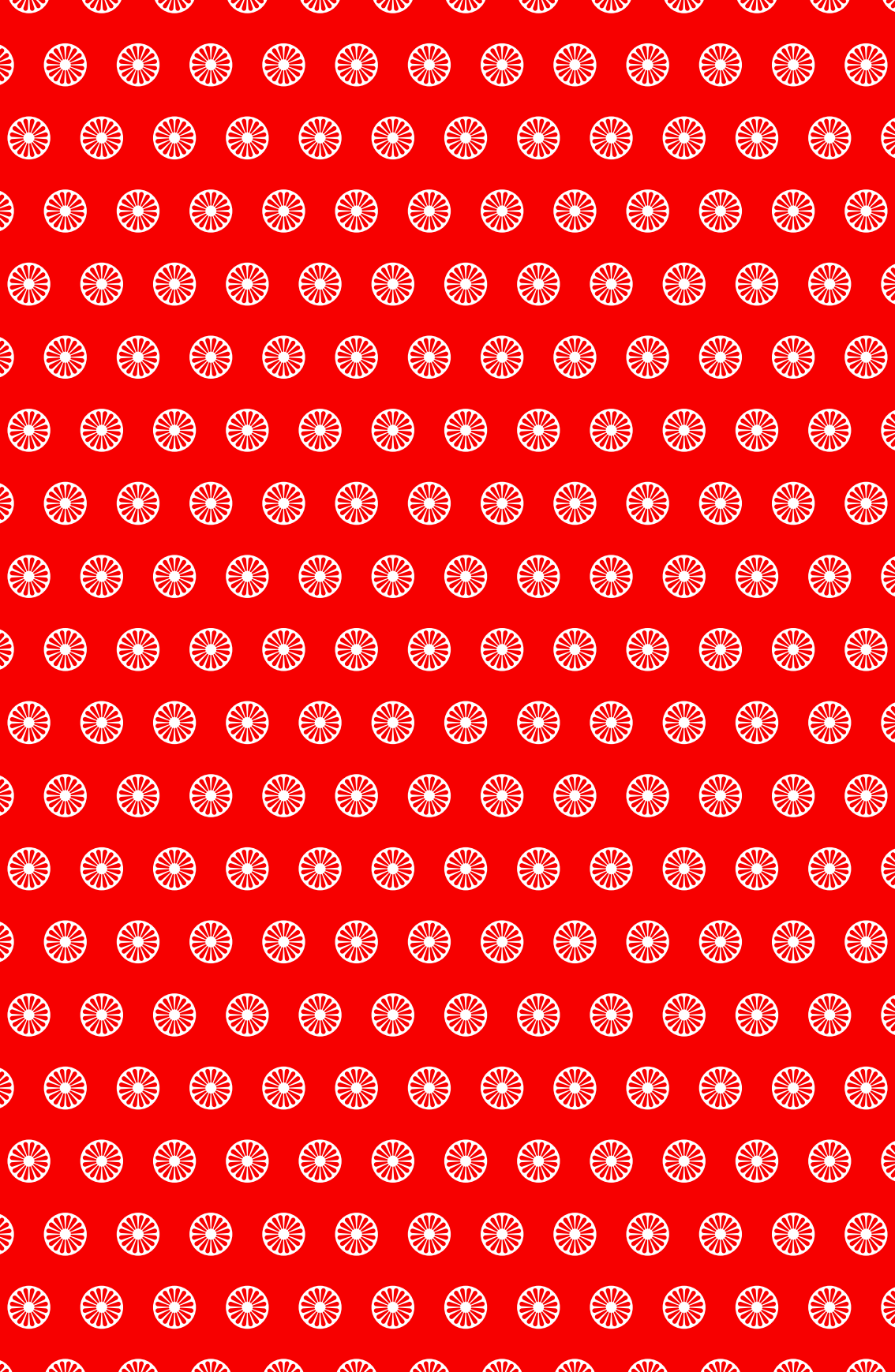
*Gracias al pueblo gitano por resistir, manteniendo sus valores de respeto, solidaridad, y libertad, y por contribuir a nuestra identidad nacional.*

Mónica Rodríguez

*Gracias a todo el equipo que ha hecho posible que la historia de mi pueblo se pueda enseñar de manera tan veraz y bonita. A Mónica Rodríguez, que consiguió que el proceso fuera enriquecedor y divertido.*

*Y no puedo olvidar a todas las asociaciones y personas que trabajan para y por el pueblo gitano. En especial a la fundación Sm, gracias por iluminarnos y acompañarnos en el camino.*

Lola Cabrillana





Diego es un joven gitano al que le encanta el arte y dibujar. Secretamente, está enamorado de su amiga Mara, una joven inteligente y valiente, que comparte los sentimientos de Diego. En una de las visitas del instituto a un museo, la desaparición de un precioso broche con una flor de lis y una falsa acusación de robo llevarán a los dos intrépidos jóvenes a vivir una verdadera aventura, ya que el broche que buscan, ¡se encuentra dentro de los cuadros!

Junto a Diego y Mara viviremos la mágica experiencia de adentrarnos en las obras de arte en busca del broche con la flor de lis. Lo que los jóvenes no saben es que en cada cuadro conocerán un nuevo capítulo de la historia del pueblo gitano. Una historia marcada por la resistencia y la resiliencia, por la fuerza y la dignidad. Un pasado sin el cual es imposible entender el presente y los esfuerzos futuros. Una aventura contra el olvido. Un retrato de amor, memoria y libertad.

